EL CORREO DE ULTRAMAR

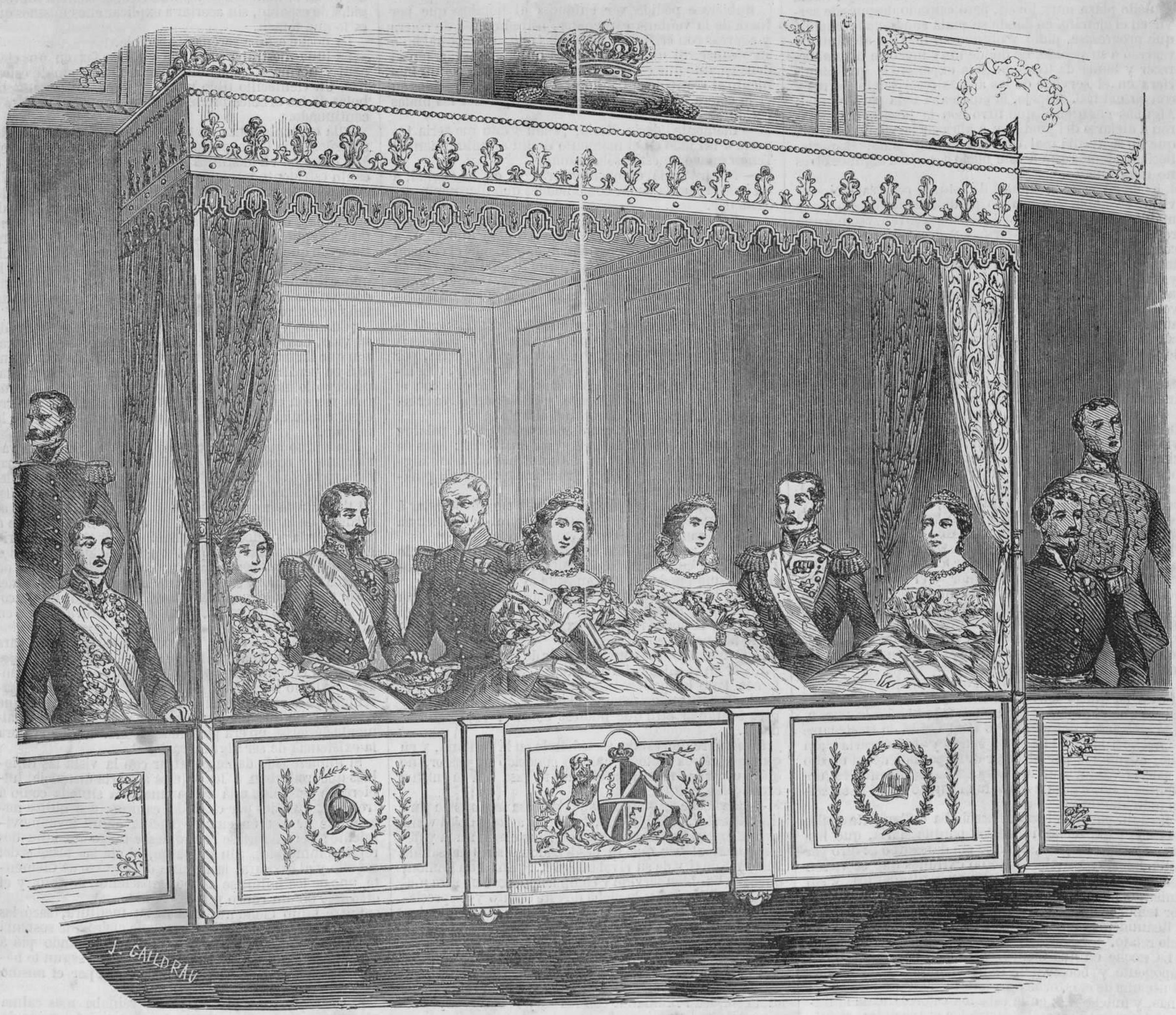
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

1857. — Tomo X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 16. — Nº 252.



El palco de los soberanos en la funcion del teatro de Stuttgard.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

SUMARIO.

El palco de los soberanos en la funcion del teatro de Stuttgard; grabado. — **Fatalidad.** — **S. M. la emperatriz Eugenia en San Sebastian**; grabados. — **Mas pormenores sobre la entrevista de Stuttgard**; grabados. — **Revista de Paris.** — **La Sanjuanada.** — **Fiesta nacional en Constadt en presencia de los dos emperadores de Francia y de Rusia**; grabado. — **Congreso de naturalistas y médicos alemanes en Bonn**; grabado. — **Eulalia.** — **Exposicion de bellas artes de 1857**; grabados. — **Fray Luis de Leon.** — **Boletin científico.** — **Octubre**; grabado.

¡FATALIDAD!

—

(Conclusion.)

Llegada la noche que Clemente habia fijado para la realizacion de su plan, sacó á María ocultamente, disfrazada de aldeana, la montó á la grupa de su caballo, y la condujo al sitio que le indicara el sacerdote. Permaneció algunos dias á su lado, y por último se separó de ella con profunda afliccion y encargándola mirase mucho por su tranquilidad y su salud, pues llevaba ya en el seno el primer fruto de su amor.

Volvió Clemente á la ciudad, confiado en que habia conjurado en parte el peligro, y por medio de emisarios fieles estableció continuada correspondencia con su mujer.

¡Desdichado! ¡la tormenta bramaba cada vez mas terrible en torno suyo, y tanto mas aterradora cuanto que no sospechaba siquiera su existencia!

En el pueblo en que nació y se crió María vivia un mozo de malos antecedentes, de pasiones violentas y de perversos instintos. Poco aficionado al trabajo, habia sentado plaza muy jóven, pero cansado despues de servir en el ejército, en donde su mala conducta le impidió que progresase, pidió y obtuvo su licencia absoluta, y regresó á su pueblo, en donde muy luego se hizo aborrecer y temer de todos, pues la experiencia que adquiriera en el servicio de las armas recorriendo tierras y con su natural despejo, la empleaba toda para el mal. Algunas cuestiones que tuvo con la justicia le obligaron á alejarse del pueblo y á abrazar la vida de pastor, que no se avenia mal con sus hábitos de holgazanería. Deciase además que á este oficio agregaba algunos otros no muy buenos.

Es de advertir que antes de esto, al regresar del servicio, se habia enamorado perdidamente de María, y manifestando su pasion á la hermosa jóven, recibió una repulsa comedida, pero formal y decisiva. No contento con esto, llevó su audacia hasta el extremo de presentarse á pedir la mano de María á sus padres; pero llevó ya una negativa humillante y despreciativa, fundada en sus malos antecedentes y conducta. Entonces, con esa volubilidad propia de los malos caracteres, tornóse su amor en un odio furibundo y feroz hácia la inocente y cándida doncella, odio que se acrecentó con su casamiento y que se hizo extensivo á Clemente.

Dios permite algunas veces que los malvados se encuentren y se unan, para servir de instrumento á sus inescrutables designios.

Ramon y el pastor, por una de esas coincidencias fortuitas que es ocioso referir, llegaron á conocerse. Ramon vió en el pastor un agente hábil y útil para la realizacion de sus infames planes: este vió en aquel un hombre de dinero que podia servirle, una mina que explotar. La casualidad les puso en contacto: la comunidad de sentimientos y aun de intereses, como veremos muy luego, les hizo entenderse á las mil maravillas.

Ramon, á fuerza de dinero, habia logrado descubrir el retiro en que se albergaba María, y el camino que habia de llevar su marido para ir á verla. Habia llegado á saber tambien el antiguo amor y el inveterado odio del pastor hácia la mujer de su hermano, sentimiento que le arrastraria á cometer todo género de crímenes para satisfacer su deseo de venganza. Excitar este deseo y acelerar su realizacion con la promesa de una buena recompensa, eran mas que suficiente estímulo para las malvadas intenciones del pastor.

Pocos dias antes de aquel en que Clemente se trasladó al caserío, quedó convenido entre sus dos mortales enemigos que el pastor le aguardase á la ida ó á la vuelta, y le asesinase, despues de lo cual habia de trasladarse de noche á la habitacion de María y deshonrarla para que, abrumada por el dolor de la pérdida de su esposo y por la vergüenza, muriese en medio de atroces tormentos y no llegase á dar á luz el fruto de su aborrecido matrimonio.

Hé aquí porqué el pastor acechaba á Clemente oculto tras una roca. Hé aquí tambien porqué María, que habia conocido al pastor, aunque sin darse uno ni otro por entendidos, y tratándose como extraños que se viesen por vez primera, tenia crueles presentimientos, y sin embargo no se atrevia á declararlo todo á su marido, por temor de afligirle y de agravar su posicion.

Reanudemos ahora la hilacion de nuestro interrumpido relato.

La noche en que Clemente llegó al caserío se tornó imponente y borrascosa. Habíase formado repentinamente una de esas tormentas tan frecuentes en las montañas, y mucho mas en la estacion calorosa. Caia la lluvia á torrentes; bramaba aterrador el trueno, y el fulgor de los relámpagos lo iluminaba todo con su luz amarillenta y siniestra. La atmósfera, cargada de electricidad, estaba espesa y sofocante, y el nublado era tan denso y compacto, que no brillaba en el espacio, en cuanta extension alcanzaba á abarcar la vista, ni una sola estrella. El huracan, desencadenado con horrible furia, hacia resonar su potente voz, y los árboles parecian gemir y lamentarse bajo la continuada presion de aquel enemigo irresistible.

En la casa todos estaban recogidos, excepto Clemente y María. La ventana del cuarto de esta daba á la parte trasera del rústico edificio, y por las rendijas del mal ensamblado maderámen se percibian vivos rayos de luz. De improviso se destacaron de un inmediato grupo de olivos dos bultos que caminaban sigilosamente y casi arrastrándose. Vistos así desde cierta distancia, en noche tan oscura, nadie habria acertado á discernir si eran dos lobos que olfateaban el redil del ganado, ó dos malhechores que se acercaban cautelosamente para intentar algun golpe de mano.

Al llegar el delantero bulto al pié de la ventana, que estaba bastante baja, se irguió y dejó ver las formas vagas y confusas de un hombre cubierto con un ancho ropon. Aplicó el ojo á una rendija y estuvo largo rato contemplando lo que pasaba en el interior de la habitacion. En seguida varió de postura, y aplicando el oido al mismo sitio, escuchó el leve murmullo de voces que se percibia. El bulto que le seguia, y que no era sino un perro corpulento, se echó á sus piés.

María y Clemente, muy agenos de que su inocente conversacion pudiese ser escuchada y sorprendida, estaban sentados junto á una mesa sobre la cual ardia un velon que iluminaba débilmente la estancia.

Clemente tenia entre las suyas las dos manos finas y delicadas de su mujer amada, y se deleitaba en contemplar su hechicero rostro, en que se reflejaba en aquel momento la mas completa felicidad

De vez en cuando, el galan mancebo ceñia con su brazo la cintura de la jóven, y resonaba un apasionado beso.

Hubiérase podido ver entonces al hombre que por fuera de la ventana escuchaba, estremecerse de cólera y agarrar con crispadas manos los objetos que estaban á su alcance. Si un rayo de luna hubiese desgarrado el denso manto que cubria el cielo, é iluminado por un momento el rostro de aquel hombre, viéranse retratados en él la cólera, el odio, la desesperacion y todas las malas pasiones.

— Clemente, decia María, ¡cuán grato me seria tenerte á mi lado en el momento de mi alumbramiento! Tengo miedo de estar sola entonces.

— No, hija mia, entonces estarás ya en la ciudad, á mi lado, rodeada de las comodidades que mereces y debes tener.

— Ya que hemos comenzado el sacrificio, continuémosle hasta el fin. Falta poco tiempo para que yo dé á luz el fruto de nuestro matrimonio, y me da el corazon que aun falta mucho mas para que Ramon se persuada del error en que incurre al aborrecernos. Cuando llegue el momento te mandaré un propio para que acudas presuroso á mi lado.

— ¡Pobre hermano! murmuró Clemente, ¡cuál le ciega el interés! ¡Ah! si yo no tuviese hijos, le cederia la mitad de cuanto poseo, y aun mas si él queria, por grangearme su cariño. ¡Pero si tal hiciese hoy, mis hijos pudieran pedirme estrecha cuenta de lo que con el tiempo ha de ser su patrimonio, y esta alternativa cruel me hace sufrir de un modo inexplicable!

Aquellos dos seres virtuosos no tenian una palabra iracunda para quien tanto les hacia padecer: lejos de eso le compadecian, cuando ellos mismos eran tan dignos de compasion. ¡Noble y grandioso ejemplo de generosidad y abnegacion!

— María, repuso el jóven, esta vez no puedo estar á tu lado sino dos dias, pues prolongar mi permanencia aquí seria comprometernos.

— ¡Oh! ¡cuán pronto hemos de separarnos, amado mio! ¡Con cuánta dicha disfrutaré algun dia los momentos que pueda pasar tranquila al lado tuyo!

— En la noche de pasado mañana saldré de aquí para regresar á Sigüenza.

— ¿Por la noche? ¿á qué exponerte á recorrer un camino tan peligroso á esa hora?

— Angel mio, me conviene salir de aquí sin ser visto, y llegar en el mismo dia á la ciudad. Por lo demás, nada temas. Para los peligros materiales del terreno, mi valiente Castaño tiene segura planta y buen instinto, y para cualquier otro que pudiese ocurrir, voy bien armado.

El hombre que estaba escuchando en la ventana, y en quien nuestros lectores habrán conocido al pastor, no quiso escuchar mas. Apartóse de la casa con la misma cautela, murmurando:

— ¡La noche en que salgas de esta casa será eterna para tí, Clemente!... Y tú, María, antes que arrojes de tu vientre ese engendro del infierno, morirás deshonrada y desesperada, al ver que tu desdeñado amante ha sabido vengarse de tí y de su rival odioso!... ¡Ah! Don Ramon, quedará Vd. bien servido y complacido, pero no será menor la satisfaccion y la dicha de este oscuro y despreciado pastor á quien todos han creido poder humillar!...

Y se perdió cual fantástica y siniestra sombra en el vecino monte, agitando en su cerebro su proyecto de crímen y venganza.

¡Y el trueno continuaba dando aterradores estampidos, el relámpago desgarrando las nubes á breves intervalos, el huracan bramando con furia, y la lluvia cayendo con estrépito!...

III.

Llegó, por fin, la noche designada por Clemente para emprender su viaje de regreso á la ciudad.

Larga y triste habia sido la despedida de los dos esposos.

María, ciñendo sus amorosos brazos en torno del cuello de su marido, le tuvo largo tiempo estrechado en ellos, ocultando sobre su pecho el lloroso rostro. Al fin, por un violento esfuerzo de energía y resignacion, se arrancó de su lado y fue á postrarse de hinojos ante una imágen de la Vírgen, orando fervorosa para implorar proteccion y pedirla que librase á su esposo de los peligros que pudieran sobrevenirle.

Clemente examinó el cebo de sus armas antes de colocarlas en las pistoleras de modo que pudiera sacarlas con facilidad; en seguida aseguró la silla, y montando á caballo se alejó presuroso de aquel sitio temiendo que, si permanecia un momento mas, le faltase la fuerza de voluntad necesaria para separarse de la mujer á quien tanto amaba.

El honrado labriego habia querido acompañarle, siquiera hasta el fin del peligroso sendero del rio, pero el jóven lo rehusó obstinadamente: la fatalidad le arrastraba, á pesar suyo, á huir de lo que hubiera sido su único medio de salvacion.

Y sin embargo, Clemente tan animoso y audaz en cuantos peligros manifiestos se le habian presentado en las diferentes épocas de su vida, sentia oprimido su corazon en aquel momento por un terror vago que no acertaba á definir. Tachábale él mismo interiormente de puerilidad y niñería, procuraba desterrarle de su mente, le atribuia al sentimiento de separarse de una mujer jóven, bella, amada cual ninguna, y que le pertenecia legítima y legalmente ante Dios y ante los hombres, y á pesar de esto, aquel temor confuso, indefinible, se apoderaba de nuevo con desusada pertinacia de su corazon, cual sucede á esos seres supersticiosos que, al entrar de noche en la mansion de los muertos, se sienten sobrecogidos de espanto, sin acertar á explicar ellos mismos qué es lo que temen.

La noche estaba serena y apacible.

La luna mostraba su pálida y dulce faz en un cielo azul y hermoso, espléndidamente tachonado de estrellas. Un vientecillo tibio y leve agitaba suavemente las hojas de los árboles produciendo un murmullo grato y continuado.

Allá en lontananza se oian los dulcísimos trinos del ruiseñor, que llenaban el alma de melancólico placer. Mas cerca, y en distintos puntos á la vez, resonaba el canto estridente y monótono de centenares de grillos.

Al desembocar Clemente al sendero de la orilla del rio y oir el imponente ruido producido por el curso de sus aguas, crecia la ansiedad de su alma sin que acertase á explicarse la causa, y fué tan marcado este sentimiento que detuvo su caballo y estuvo próximo á volver riendas y aplazar su viaje. Pero se avergonzó de lo que calificaba mentalmente de cobardía, y asegurándose en los estribos clavó las espuelas á su valiente Castaño que arrancó de nuevo á buen paso.

¡Cuántas veces el hombre, en situaciones azarosas de su vida, desoye esa voz interna y misteriosa del corazon que llamamos presentimiento, y se lanza ciegamente á su perdicion! Sobreponiendo una falsa vergüenza, un orgullo mal entendido, á esos impulsos del alma que rara vez son engañosos, los desoye por completo y corre desatentado al encuentro de la desgracia y aun de la muerte.

El camino que seguia Clemente tenia frecuentes variaciones y recorria una distancia de mas de dos leguas sin apartarse lo mas mínimo del rio, encerrado, por decirlo así, entre las aguas de este y elevadísimas peñas. Al llegar á la mitad de aquella distancia, es decir, al término de la primera legua, revolvíase bruscamente á la izquierda y quedaba sepultado en profunda oscuridad, pues estrechándose allí considerablemente las dos orillas en una garganta angosta y profunda, la luna no llegaba á iluminar siquiera con sus rayos las aguas del Tajo, tumultuoso y profundo en aquel sitio. Rugia colérico cual si le doliese verse encerrado breve espacio en tan estrecha cárcel.

Clemente, al acercarse á aquel paraje, afectando para consigo mismo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, encendió un cigarro habano y comenzó á lanzar al viento bocanadas de humo. Y decimos que aparentaba para consigo mismo aquella indiferencia, porque en el terreno que á la sazon recorria, de suyo habitualmente desierto, no era posible sospechar á aquella hora la existencia de ser alguno racional.

Si hubiese sido dable penetrar con la vista las tinieblas que rodeaban á los objetos á cierta distancia, hubiéranse percibido allá sobre una roca situada como á tres ó cuatro piés por cima del camino, dos bultos negros que de vez en cuando hacian algun leve movimiento; pero habríase creido desde luego que eran dos reptiles inmundos. Sin embargo, al oir las pisadas del caballo y al divisarse la lumbre del cigarro de Clemente, uno de los bultos se movió impaciente, ansioso, y el otro dejó oir un ronco y leve gruñido.

Entre tanto Clemente detuvo su montura, sacó las pistolas y se las colgó de un cinto de cuero que sostenia una canana de cortas dimensiones, y echando pié á tierra comenzó á andar detrás del caballo, segun lo habia practicado pocos dias antes al pasar por el mismo sitio.

Parecia que en aquel momento reinaba mas calma que nunca en la naturaleza. A excepcion del ruido de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

las aguas del Tajo, y del lastimero canto de un ave nocturna posada allá arriba á gran distancia, en la cumbre de algun elevado é ignorado pico, nada venia á alterar la tranquilidad imponente y sombría de aquellos sitios.

Al encontrarse el hombre pensador en tal aislamiento y soledad, elévase instintivamente su alma al Criador, y desprendiéndose de toda idea terrenal, sublimándose por decirlo así, vaga por desconocidas regiones en una meditacion indefinible.

Abstraido de cuanto le rodea, obrando muchas veces maquinalmente si está el cuerpo en movimiento, necesita el hombre que un suceso imprevisto que hiera bruscamente su imaginacion, le impresione con fuerza para sacarle de aquella especie de delicioso letargo.

Clemente pareció despertar sobresaltado al oir un golpe junto á sí y sentirse vigorosamente sujeto por ambos brazos de tal modo que parecian haberle clavado en el sitio sin dejarle movimiento alguno.

Sentia bañado su rostro por un álito sofocante, percibia confusamente ante sí una masa oscura que se habia interpuesto entre él y su caballo, y oia una respiracion anhelosa, bronca, intermitente de emocion ó de cólera.

Pasado el primer momento de estupor, creyó habérselas con un facineroso, y casi le tardaba oir las sacramentales palabras de «la bolsa ó la vida,» que son propias de los bandidos de todos los paises. Pero aquel silencio, aquella inmovilidad que le imponian y que guardaba tambien el que le sujetaba, le pesaba sobre el corazon como una montaña de plomo. Hizo entonces un esfuerzo desesperado procurando desasirse, pero el hombre en cuyo poder se hallaba tenia unas fuerzas hercúleas, y no logró siquiera conmoverle.

Y continuaban la respiracion bronca y anhelosa, y la inmovilidad, voluntaria por una parte, impuesta por otra; y continuaban el sordo murmurar de las aguas del Tajo y el lejano canto del buho; y las estrellas rielaban en el despejado firmamento; y sin embargo, aquella serena apacible calma de la naturaleza, en un paisaje de magnífica y salvaje belleza, iba á alterarse muy pronto por una escena de horror y de sangre. . . . .

. . . . . .

— Quien quiera que seas, dijo por fin Clemente con voz ahogada, ¿qué exiges de mí?

Y fijaba ansioso la vista en el hombre que tenia delante, pues á fuerza de mirar y acostumbrados sus ojos á la oscuridad que allí reinaba, habia llegado á distinguir que su enemigo era un hombre alto y corpulento, cubierto con extraño traje.

Y el pastor, que no era otro quien así se habia arrojado de improviso sobre él, no pronunciaba una sola palabra, y se gozaba con cruel alegría en la ansiedad de Clemente.

— Contesta, hombre ó demonio, ¿qué me quieres? gritó el jóven fuera de sí.

— ¿Qué quiero? dijo por fin el pastor, ¡tu vida!

— ¡Ah! exclamó gozoso el jóven, pues presentia la lucha y preferia una situacion franca, por terrible que fuese, á aquella incertidumbre que le aterraba; ¿quieres mi vida? ¿olvidas que sabré defenderla?

— No puedes.

— Te engañas, gritó Clemente, y con un esfuerzo desesperado logró desasir una de sus manos, pero el pastor le enlazó por la cintura con el brazo que le quedaba libre y le sujetó contra la peña. Clemente dejó entonces de resistirse, no porque perdiese la esperanza de sacar alguna ventaja en la lucha, ni porque decayese su valor en lo mas mínimo, sino porque comenzaba á recobrar su sangre fria, y queria serenarse y cobrar nuevo vigor para procurar vencer á aquel enemigo aun desconocido.

— ¿Quién eres? ¿qué daño te he hecho? dijo con voz que procuró suavizar.

— ¿No me conoces, Clemente? ¡Es verdad! estamos á oscuras, y además el miedo te ofusca la vista.

— ¿Miedo? te engañas: nunca le conocí.

— ¿No tienes miedo cuando sabes que voy á matarte? ¿qué aquí no habrá salvacion para tu cuerpo ni para tu alma, porque morirás inconfeso y desesperado? gritó el pastor ciego de cólera.

— Eres jactancioso y alucinado en demasía: aun no sabes si serás tú quien reciba la muerte, y en cuanto á la salvacion de mi alma, has dicho una heregía: ¡Dios, infinito inagotable tesoro de bondad y de ternura, recibe en su seno al que, próximo á morir sin recurso alguno para solicitar la absolucion de los ministros del Señor, se arrepiente sincera y préviamente de sus pecados, implorando el perdon del Rey de los reyes!

— Escúchame, Clemente (y el jóven hizo un movimiento de sorpresa al oirse llamar segunda vez por su nombre por aquel desconocido), escúchame y desaparecerá tu arrogancia. Soy Venancio, el pastor del monte, el hombre apasionado á quien despreció María para arrojarse en tus brazos, á los cuales le arrastraba, no su amor hácia tí, sino la codicia de poseer el oro que tú podias ofrecerle....

— ¡Mientes, miserable! exclamó Clemente con voz gutural.

— Calla, y escucha hasta el fin. Dos años de horrible sufrimiento y desesperacion han pasado para mí desde aquel momento: durante ellos he atesorado en mi corazon odio y ansia de vengarme. Es llegado ya el momento de realizar mi deseo, y vive Dios que va á quedar cumplidamente satisfecho. Mi afilado cuchillo de monte se va á clavar en tu corazon, y cuando por la ancha herida haya visto exhalarse tu alma envuelta en borbotones de sangre, cuando haya arrojado tu miserable cuerpo al Tajo, para que arrastrado con violencia por sus aguas se destroce una y otra vez contra las peñas, entonces... entonces... queda lo mejor, ¿me entiendes?... En la casa que acabas de abandonar duermen todos... ¿me oyes?... no quiero que pierdas una sola de mis palabras: ¡escúchame con atencion! Tengo aquí, en el bolsillo de mi zurron, la llave de la puerta trasera de la casa en que se alberga tu cariñosa María: merced á esto, penetraré hasta su estancia, hallaré por fuerza entre sus brazos la dicha que tanto he ansiado, y despues la diré cómo y dónde has muerto entre mis manos. Entonces, ¿entiendes? .. entonces, devorada por el dolor y la vergüenza, morirá desesperada, y perecerá con ella el fruto aborrecido de vuestro matrimonio. ¿Ves cómo vas á morir y cómo se realiza mi plan, pensado y madurado en la soledad y el sufrimiento?...

Iba Clemente á contestar furioso, ébrio de dolor y de cólera, cuando oyó un ruido fuerte en la parte delantera del camino, y miró atentamente creyendo que era algun refuerzo que le llegaba á su enemigo. Este pareció comprender su pensamiento y le dijo friamente:

— Descuida, que estamos solos y basto yo para matarte. Es mi fiel perro que, participando del odio de su amo, ha buscado un enemigo adecuado á sus instintos y está dando buena cuenta de tu caballo.

En aquel momento se oyó un relincho de dolor, y dos cuerpos, revolcándose en las ansias de la muerte el uno, y el otro iracundo y adherido á él con cruel ferocidad, cayeron rodando hasta el agua, que se entreabrió un momento para recibirlos en su seno, lanzando al viento un torbellino de espuma.

El perro del pastor se habia arrojado al cuello del noble Castaño, y ahogándole en breves momentos hizo que perdiese el equilibrio á impulso de sus propios convulsivos movimientos, y cayese al rio.

Imposible seria describir lo que pasó en aquel momento por la mente del jóven.

Una nube de sangre pasó por sus ojos.

El recuerdo de su dulce esposa, á quien iba á perder tan jóven, cuando aun no habia comenzado á gustar la verdadera tranquila felicidad; el recuerdo mas amargo aun y doloroso de lo que con ella intentaba hacer aquel malvado que le tenia fuertemente entrelazado con sus brazos, devorándole con sus ojos inyectados y desmesuradamente abiertos, sofocándole con su aliento abrasador, anhelante á impulso de la cólera y de la postura violenta en que se encontraba; todas estas circunstancias reunidas le dieron ánimo suficiente para que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, lograse descolgar una de sus pistolas del cinto y descerrajar el tiro sobre el pastor... ¡Pero la fatalidad hizo que solo sonase el rastrillazo en seco! ¡Sin duda en los movimientos de la lucha se habia caido el cebo de la cazoleta!

Desde entonces no volvió á pronunciarse una palabra entre aquellos dos hombres.

Mudos, jadeantes, arrojando espumarajos por la boca, intentaban sujetarse mútuamente, el pastor esforzándose para sacar el cuchillo de monte, Clemente haciendo lo propio para descolgar su segunda pistola, recurso supremo en que fiaba su salvacion si no se habia inutilizado como la primera, y aunque así fuese, proponiéndose aplastarle el cráneo á culatazos.

Horrible cosa era ver aquella lucha desatentada, feroz hasta un grado repugnante, entre dos hombres que parecian hallarse solos en medio de la creacion, suspendidos sobre un abismo.

Aunque el pastor era mas fuerte y robusto, Clemente tenia en su ventaja una agilidad extraordinaria y un golpe de vista rápido y seguro. Cuando Clemente se veia sujeto por un brazo ó por la cintura, y que el pastor procuraba agarrar el mango de su cuchillo para sacarle, el jóven imprimia á su cuerpo una sacudida violenta, y si no siempre lograba desembarazarse, evitaba al menos que su enemigo conservase libres sus movimientos para apoderarse del arma homicida.

Al propio tiempo, ambos contendientes tenian que atender al comun peligro de no caer derrumbados al rio, y procuraban apoyarse en la roca, y aferraban sus piés á los guijarros y piedras del camino.

Cansados al fin de luchar sin éxito decisivo, cruzó instantáneamente por la imaginacion de ambos una misma idea.

Es tan comun en el hombre la idea de destruccion, que muchas veces acontece esa singularidad de ocurrirles á un tiempo, á dos ó mas contrarios combatientes, un mismo pensamiento de muerte.

Soltáronse, pues, Clemente y el pastor espontáneamente, y en seguida brilló en la diestra de este el largo y ancho cuchillo, al paso que se oyó el ruido metálico que producen los muelles de una pistola al montarse. El pastor con la rapidez del rayo dió un salto terrible hácia adelante, con mano firme y certera asestó á Clemente una vigorosa puñalada en el costado izquierdo, sepultando en su cuerpo el cuchillo hasta el mango, y experimentando horrible placer al sentir desgarrarse las carnes del desgraciado bajo la presion de su mano homicida. Clemente se agarró convulsivamente al cuello del pastor con su mano izquierda, con la derecha le fijó el cañon de la pistola en el pecho, apretó el gatillo, y al estampido del tiro, que fué repetido por cien ecos en aquella soledad espantosa, siguió una imprecacion, una blasfemia que lanzó el pastor al caer bañado en su sangre. Hizo la casualidad que cayese de espaldas, á lo largo del sendero, pero agitándose en las ansias de la muerte, fue á precipitarse en el Tajo, mutilándose horriblemente al rodar de peña en peña antes de caer al agua.

Su fiel y cariñoso perro, que despues de desembarazarse del caballo subia penosamente por la áspera pendiente para reunirse con su amo, se arrojó de nuevo al rio, y cogiéndole con los dientes por el zurron de pieles que cubria su cuerpo, nadó trabajosamente hasta una lengua de tierra que habia mas abajo, en donde depositó su precioso fardo. ¡Trabajo inútil! ¡el pastor no era ya mas que un cadáver inerte!...

Entre tanto, Clemente cayó de rodillas y se agarró con ambas manos á un ángulo saliente de la roca que habia á orilla del camino, porque conoció que iba á perder el sentido. ¡Horrible en extremo era su situacion! Sentia escaparse su sangre por la ancha herida, próxima á exhalarse con ella su alma dolorida, y no se atrevia siquiera á soltar una mano de la peña para arrancar el cuchillo clavado en su cuerpo y tratar de contener la hemorragia, porque temia la muerte, en su concepto mas segura y próxima, que le aguardaba en el profundo precipicio abierto á sus piés. Ya sentia contraerse sus miembros, una nube ofuscaba su vista, y tinieblas mas densas aun iban oscureciendo su mente. Con el poco sentido que aun conservaba, procuró tenderse en el camino suavemente, y pensaba en su María hermosa y amada á quien no volveria á ver, y en su hijo á quien no llegaria á conocer!...

El frio de la muerte se extendia rápida y gradualmente por todo su cuerpo; intentó gritar y no pudo; su garganta se abrasaba; su lengua, pegada al paladar, no podia moverse; sus labios, contraidos por el dolor, no acertaron á proferir palabra alguna.

Llegó un momento en que olvidando el cercano peligro del rio, que poco antes tanto le preocupara, intentó levantarse haciendo un esfuerzo supremo; pero el mango del cuchillo tropezó en la roca, se clavó mas adentro aun, le hizo sentir un dolor cruel, y estremeciéndose en las ansias de la agonía, logró pronunciar tan solo estas palabras:

— ¡Dios mio!... ¡María!...

Cayó de nuevo en tierra y expiró.

Y el rio seguia murmurando, y la luna, avanzando en su carrera, iluminaba ya de lleno con sus tenues rayos las aguas del Tajo, asemejándolas á una ancha y extensa cinta de plata, y el nocturno rey de las selvas cantaba sus amores con divino y plañidero acento.

Todo era paz y tranquila calma en la naturaleza, y yacia allí un hombre que habia recibido horrenda muerte, dejando en triste viudez y desamparo á una mujer desdichada, huérfano á su hijo antes de abrir sus ojos por vez primera á la luz del dia. . . . . .

. . . . . .

Al amanecer del dia siguiente fué hallado el cadáver de Clemente por unos carboneros. Rodeábale una verdadera laguna de sangre, y tenia las uñas de ambas manos clavadas en el suelo.

Su infortunada viuda sobrevivió poco tiempo á tan cruel desgracia. Dió á luz un hermoso niño que al morir confió al virtuoso sacerdote amigo de Clemente, quien le crió y educó con esmero.

El malvado Ramon vió frustrados así todos sus infames proyectos, pues los cuantiosos bienes del mayorazgo pasaron al tierno huérfano. Además, como la opinion pública comenzó á señalarle desembozadamente como autor ó cómplice del asesinato de Clemente, y los remordimientos no tardaron en hacerle sentir su peso abrumador, huyó del pais y fue á ocultar su pesar y su vergüenza en un lejano monasterio.

Dios se apiadó de él en sus últimos momentos, y murió arrepentido, edificando á los monges que le rodeaban con su sincero dolor por los crímenes cometidos.

Hace pocos años, recorriendo las pintorescas márgenes del Tajo, vimos en un recodo del camino una tosca cruz de madera negra y carcomida, fijada en la piedra á poca altura del suelo.

Cerca de ella habia dos hombres de pié, con los caballos de las riendas y descubierta la cabeza.

El mas jóven ostentaba un elegante y cómodo traje de camino; el otro, de nevada cabellera y rostro franco y bonachon, iba vestido como los labradores bien acomodados de la Alcarria.

Eran el hijo de Clemente y el honrado labriego en cuya casa vivió hasta sus últimos momentos la bella y virtuosa María.

Ambos oraban por el eterno descanso de Clemente ante el emblema de redencion colocado allí para señalar el sitio en que se consumó el crímen.

Ellos nos refirieron los sucesos que en desaliñadas frases acabamos de describir á nuestros lectores.

J. F. SAENZ DE URRACA.

S. M. la emperatriz Eugenia en San Sebastian.

Hé aquí un dibujo relativo á la visita que S. M. la emperatriz Eugenia hizo al pueblo de San Sebastian el 17 de setiembre último; representa el momento en que la emperatriz se detuvo en la iglesia para asistir al *Te Deum* que se cantó en honor de su llegada.

S. M. entró en San Sebastian á las seis de la tarde, y fué conducida en medio de las antorchas hasta la iglesia, en cuyo pórtico el clero la recibió y la presentó el agua bendita así como á todas las damas de su comitiva. Vestia un traje de piqué blanco y llevaba un sombrero mosquetero.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

De la iglesia fué conducida á las casas consistoriales donde la ofrecieron un refresco, y despues la acompañaron al muelle, donde volvió á embarcarse para Biarritz á bordo del *Coligny* que se hallaba iluminado con luces de bengala.

Dícese que S. M. habia manifestado el deseo de que no la hicieran ningun recibimiento oficial y que no se desplegaran las tropas, de modo que todas aquellas que con anticipacion se mandaron al puerto por órden del gobierno de Madrid para recibirla con todos los honores y que la esperaban sobre las armas con la banda de música á la cabeza, debieron un momento antes de su llegada volverse á los cuarteles.

MAS PORMENORES

SOBRE LA ENTREVISTA DE STUTTGARD.

(Véase el número anterior.)

En el número anterior hemos dado una relacion sucinta del viaje del emperador Napoleon á Stuttgard y de la entrevista de los dos soberanos de las dos grandes potencias europeas; antes de pasar hoy á la explicacion de nuestros dibujos, creemos que nuestros lectores leerán con interés algunos detalles curiosos acerca del pais en donde se ha hallado fija durante algunos dias la vista de la Europa:

«El reino de Wurtemberg, tal como se halla constituido en virtud de los tratados de Viena, no era sino un ducado, hasta que en 1806 fué erigido en monarquía por Napoleon I. Está situado en la Alemania meridional, entre la Baviera, el gran ducado de Baden y el lago de Constancia.

Recepcion de la emperatriz de los franceses en la iglesia de San Sebastian (obras de L. palla.)

Su poblacion es de cerca de dos millones de almas, y su extension como una vigesimasétima parte del territorio de Francia.

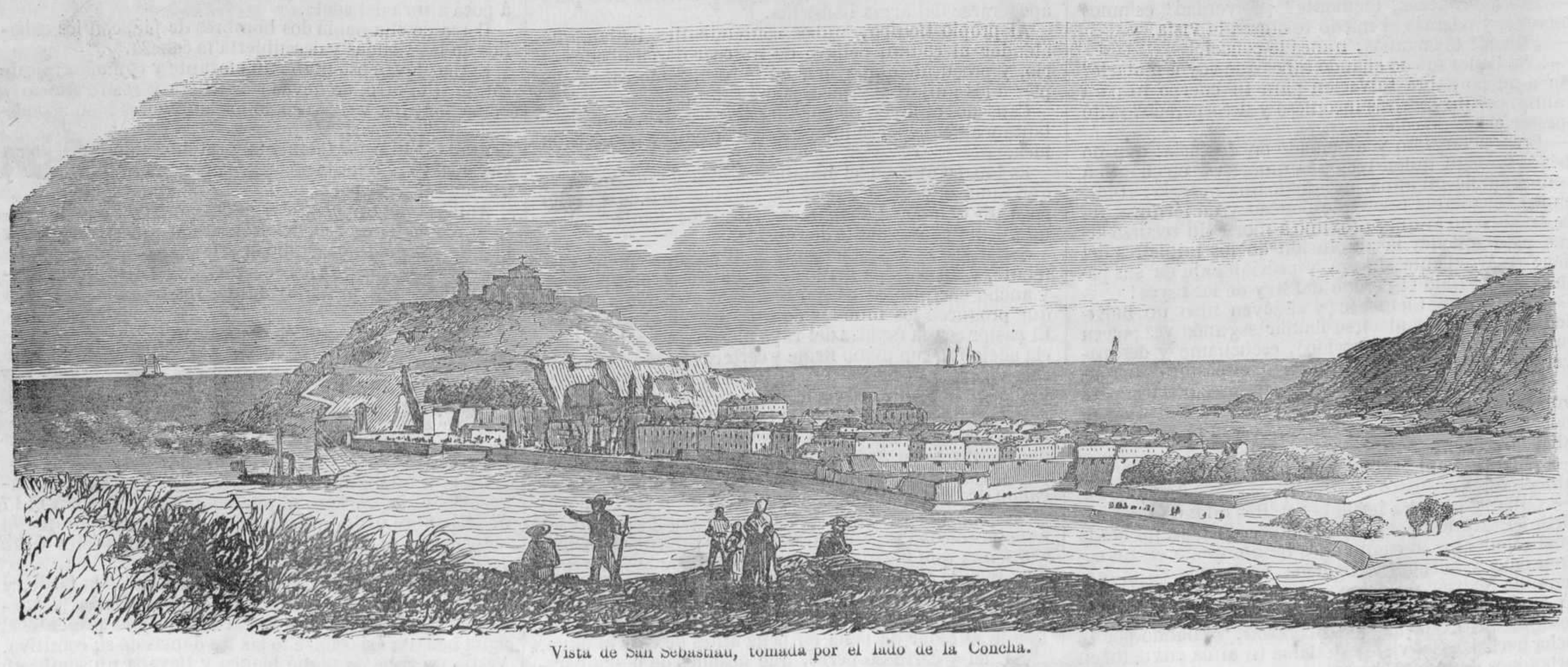
Este reino no posee todavía grandes establecimientos manufactureros, pero en cambio se hallan muy desarrolladas todas las industrias hijas del hogar doméstico, á cuya sombra prosperan. Allí, como en la Selva Negra, se saca partido de todo, todo se aprovecha; de la leña muerta, de los torrentes, de las caidas de agua, de las montañas y hasta del rigor mismo del invierno. Los juguetes de niños y los relojes de la Selva Negra son conocidos en todo el universo; en este pais es donde se fabrican los famosos relojes de cuco, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos; simple y poderosa industria que procura el pan y hace vivir honradamente á muchos miles de familias cuyos individuos, varones y hembras, niños y viejos, todos toman parte en ella.

El reino de Wurtemberg ocupa el sexto lugar en la cancillería federal; tiene cuatro votos en las asambleas ordinarias, y uno en las asambleas plenas.

Su contingente de ejército federal es de 35,000 hombres de todas armas, comprendiendo el ejército activo y de reserva, y de 70 cañones.

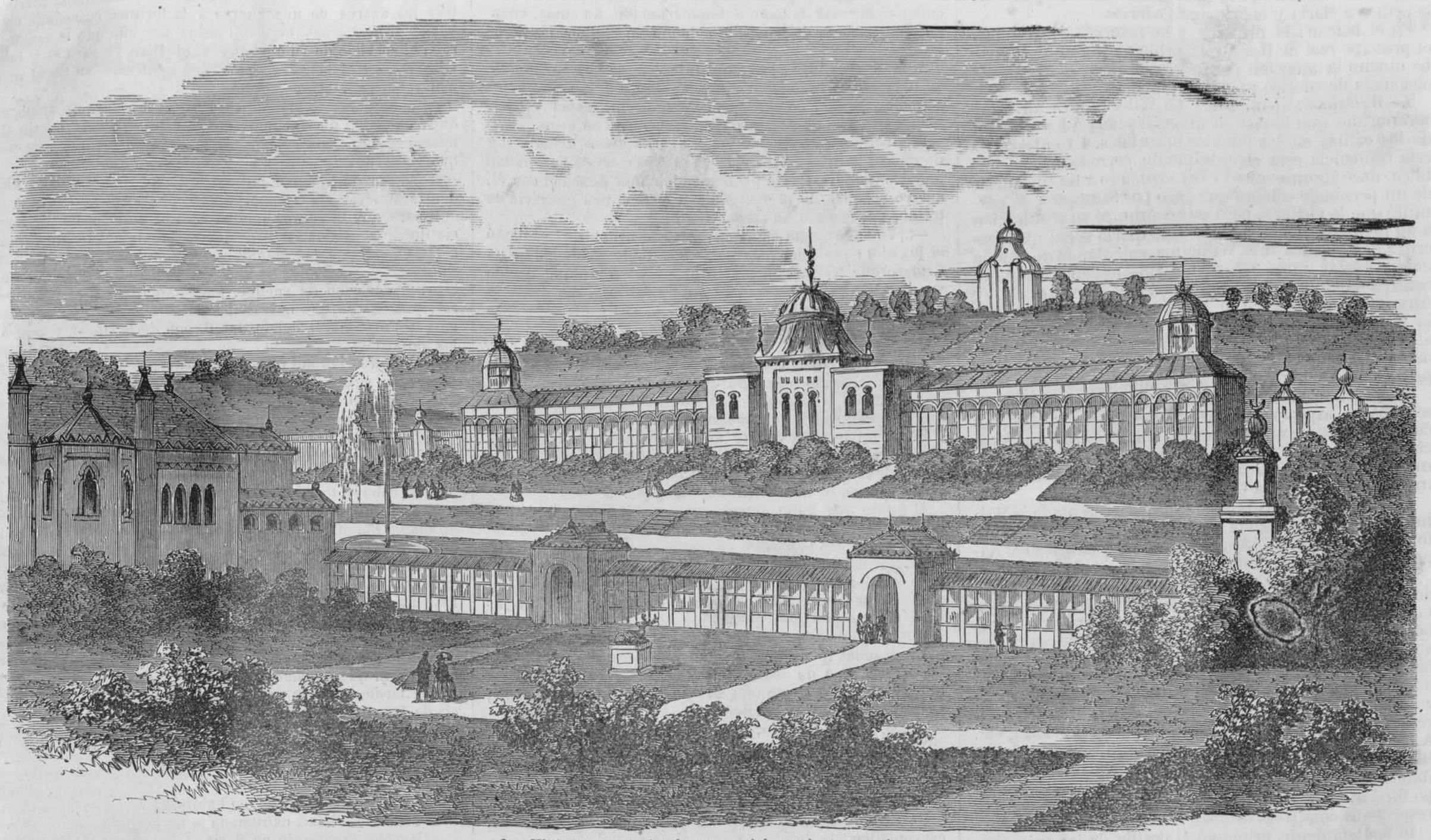
La capital, Stuttgard, es una poblacion de cerca de 50,000 almas. Kœnnig-Strass, es decir, la calle Real, es larga y espaciosa, como la de Rívoli; separa la ciudad vieja de la nueva y la divide en dos partes

El actual soberano, Guillermo I, subió al trono en 1816; es es decano de las testas



Vista de San Sebastian, tomada por el lado de la Concha.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



La Wilhelma, palacio de recreo del rey de Wurtemberg.

coronadas europeas. Afable, instruido, generoso y lleno de benevolencia, es amado de todos sus súbditos, adorado del pueblo, cuya felicidad ha hecho: asi en este dichoso reino se cometen muy pocos crímenes, y hay aun menos descontentos.

El rey ha fundado el Instituto agrícola de Hohenheim, de donde salen obreros y agrónomos instruidos, y otra multitud de establecimientos de utilidad general, tales como talleres de construccion de máquinas, fábricas de hilados, un museo industrial en donde figuran los productos mas notables del mundo, en fin, otra multitud de establecimientos útiles; de modo que puede decirse que el reino le es deudor de toda la industria que posee. Los museos de la capital están llenos tambien de obras maestras y primores de arte.

EXPLICACION DE LOS DIBUJOS.

El palco de los soberanos en el teatro de Stuttgard: — (Véase la primera página de este número.)

Rara vez ha podido verse un teatro con una concurrencia mas brillante. Las tres primeras filas de la orquesta se habian reservado para el estado mayor del ejército de Wurtemberg. Unos cuarenta generales con los hombros cargados de enormes charreteras y el pecho cubierto de cruces y de placas formaban el primer término; despues estaban los escasos fracs negros admitidos á la funcion, que se hallaban como perdidos en aquel océano de bordados, de diamantes, de perlas, rubíes y esmeraldas. La primera galería estaba ocupada por princesas rusas, baronesas alemanas, camaristas, señoras del cuerpo diplomático, con piedras preciosas en la frente, en el pecho y en los brazos. A los lados del palco real que daba frente á la escena se encontraban los embajadores y los personajes de la comitiva de los soberanos. A la derecha el conde Kisseleff, el conde Adalberg, el baron de Hugel, el conde de Rayneval, el general de Failly, el general Fleury, el príncipe Galitzin con una túnica de oro macizo, y muchos generales rusos cuya enumeracion seria demasiado larga.

A las siete y cuarto el rey se presentó en el palco real, y los soberanos y las soberanas se colocaron en el órden siguiente: La reina de Holanda, el emperador, el rey de Wurtemberg, la emperatriz de Rusia, la reina de Grecia, el czar y la reina de Wurtemberg.

En el proscenio de la derecha: el príncipe real, la gran duquesa Elena, la gran duquesa Olga y el príncipe Augusto de Wurtemberg.

Arco de triunfo levantado en la puerta del cuartel de los ingenieros, para la entrada del emperador en Metz, de regreso de Stuttgard.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

En el de la izquierda : la princesa F. de Wurtemberg, la princesa María y el príncipe Federico.

En el balcon : el príncipe y la princesa de Weimar, el príncipe real de Hesse y la princesa Olga que llàmaba mucho la atencion por la gracia de su persona y la elegancia de su rico prendido.

La Wilhelma : (pág. 261.) La Wilhelma es un palacio moruno que iguala en magnificencia á los palacios de los califas en los cuentos orientales. La entrada de esta residencia está rigorosamente cerrada para el público. Hace algunos años el rey cediendo á las instancias de un personaje célebre que pasó por Stuttgard, le permitió que le visitara, pero este comunicó su admiracion á un periodista, el cual envió á un diario belga una descripcion fantástica de la Wilhelma, calculando que habia debido costar unos veinte millones aquella Alhambra construida en otra residencia real, el Rosenstein. El rey furioso declaró que en lo sucesivo nadie penetraria en la Wilhelma. Afortunadamente no cumplió su palabra al pié de la letra. En este palacio dió una comida seguida de una gran fiesta á sus augustos huéspedes y á los principales personajes que les acompañaban.

El edificio árabe iluminado así como sus jardines presentaba un aspecto mágico con sus blancos salones, sus cúpulas recargadas de adornos, sus líneas de una gracia sin igual, sus jardines interiores, sus invernáculos maravillosos y sus miles de columnas. Es verdaderamente una Alhambra en miniatura.

—En la misma página donde se ve representada la Wilhelma, figura tambien la reproduccion del arco de triunfo ejecutado en Metz para la entrada del emperador Napoleon de vuelta de Stuttgard.

Fiesta nacional de Constadt. (pág. 264.) El último dia de la entrevista se distinguió por la fiesta popular de Constadt á la que asistieron los dos emperadores. Desde las siete de la mañana los convoyes del ferro-carril llevaban hácia Constadt millares de curiosos. En medio de un circo inmenso se habia elevado un anfiteatro adornado de verdura y flores naturales; enfrente se alzaba la tienda real. Al rededor del circo habia centenares de caballos, rebaños, instrumentos de labranza, etc. A las diez la muchedumbre se habia apoderado de los tendidos y llegaba la córte precedida de los grandes dignatarios, de las camaristas y de los personajes del cuerpo diplomático. El rey y los dos emperadores con sus respectivas comitivas estaban á caballo.

Inmediatamente principió el desfile de los animales, los caballos, los bueyes, las vacas, guiados por los mozos, las mujeres y muchachos de los cortijos. Al pié de la tienda real entregaban al vencedor una medalla de plata.

La funcion concluyó con carreras de caballos.

Revista de Paris.

—

Hace pocos años llegó á Paris un jóven que despues de haber principiado estudios para varias carreras siempre con mal éxito, se hizo dependiente de un agente de cambio. Para este empleo no se necesitan vastos conocimientos, ni una inteligencia sobresaliente. Con saber las cuatro reglas de la aritmética hay lo bastante para desempeñarle, sin contar que es un oficio nada incómodo y muy ventajoso para la salud : se pasan los dias corriendo en coche por las calles de Paris, se va y se viene que llueva ó haga sol, y todo el trabajo se reduce á tomar notas con lapiz en la cartera. Lo único que se exige es cierta elegancia en el vestir para la honra debida de la industria.

Nuestro héroe, á quien llamarémos simplemente Eduardo á fin de ocultar mejor su nombre muy conocido, estaba cortado para figurar en el teatro de los agiotistas, y aunque perdido al principio en la muchedumbre de los comparsas, debia elevarse muy luego á los primeros papeles. Ya hemos indicado que dió pruebas completas de incapacidad cuando quiso entrar en otras vias; pero así que se vió en las esferas adonde le llamaba su vocacion, demostró una aptitud superior á todos los elogios. Hasta entonces los que le trataban le habian considerado casi como un idiota ; pero en breve ganó el diploma de jóven de talento. Era perspicaz, hablador y paciente ; sabia hacer antesala y soportar las insolencias de un especulador poderoso; nadie poseia mejor que él el arte difícil de penetrar oportunamente en el gabinete de un banquero, y de salir con gracia cuando deseaban que se fuera. Su amo le tenia en mucho por tan buenas prendas, y de tiempo en tiempo le gratificaba.

Pero á pesar de estas generosidades, el dependiente gastaba en representacion mas de lo que tenia ; con la idea de satisfacer las exigencias de su empleo, llevaba ya la vida de un hombre que nada en la opulencia. El pasivo crecia como la espuma, las deudas tomaban una actitud hostil, y los acreedores no las tenian todas consigo.

Era tiempo pues de pensar en el porvenir y de apelar á la fortuna directamente.

Por lo demás, la posicion de dependiente en casa de un agente de cambio suele ser un aprendizaje y una transicion hasta el momento en que se presenta una buena coyuntura. Si esta se hace esperar demasiado, los atrevidos quieren precipitarla, y de aquí la pérdida de tantos jóvenes arrebatados en la flor de sus manejos de Bolsa.

Eduardo no tuvo que recurrir á tal extremidad ; apenas habia hecho su invocacion á la fortuna, cuando fué convidado por primera vez á las reuniones que todas las semanas tenia en su casa el agente de cambio. A ellas acudia gente de tono, se jugaba en grande; y el jóven osado y pródigo como un ambicioso que nada posee, se sentó á una mesa de juego y vació su bolsillo.

Ganó y siguió jugando con esa audacia propia del especulador que está llamado á dominarlo todo. En suma, cuando dejó la mesa de juego, era dueño de algunos miles de francos.

A la otra mañana el dependiente rompió sus andadores. Se presentó en la Bolsa, y despues de haber terminado los negocios agenos, compró por cuenta propia papel del Estado y acciones de ferro-carriles de las mas en boga.

Una vez entrado en esta via, Eduardo no se detuvo. Un tio que se hallaba establecido en el comercio de una ciudad importante, le escribió proponiéndole una sociedad con él, á cuyo beneficio le prometia de antemano una ganancia de treinta mil francos anuales.

— ¡Yo enterrarme en una capital de provincia! exclamó el jugador; ¡yo condenarme á la miserable condicion de un tendero que trafica con cuatro ochavos! No, no, he nacido yo para figurar en otro teatro muy distinto. La Bolsa de Paris es mi elemento, tengo el instinto de la alta especulacion y quiero aprovecharle.

Cuando el demonio del juego se apodera del hombre, vanos son estos ofrecimientos de posicion oscura ; se creeria víctima aceptando otra cosa que lo que le promete el acaso : ¿ qué son treinta mil francos anuales para un hombre que juega á ganarlos ó perderlos en un dia?

Eduardo contestó con el no mas solemne, y la fortuna recompensó inmediatamente su grandeza de alma. El dependiente se cambió muy pronto en agiotista maestro, y la Bolsa veia en él uno de sus futuros jefes.

Al punto que hubo ganado cien mil francos, empleó la mitad de esta suma en amueblar su casa.

— Aunque con modestia, ya puedo recibir, decia, á los financieros mas notables.

Le quedaban libres cincuenta mil francos, con los cuales podia hacer frente á los reveses, pues en un principio jugaba con moderacion, no por prudencia, sino por falta de crédito. Faltábale para poder volar el apoyo de un banquero de grandes recursos ; el astuto especulador tenia ya fijos los ojos en uno de los que mas se dedicaban á negocios bursátiles y cuya proteccion habria asegurado su porvenir, pero ¿cómo hacer su conquista?

— Esperemos, se dijo, que ya se presentará la ocasion.

Y la esperaba con una paciencia admirable.

Un dia, Eduardo que seguia á su hombre muy de cerca, le oyó decir :

— Mañana pienso dar una cena á la bailarina X...

Un rayo de esperanza y de alegría iluminó la frente del especulador.

— ¡Ya es mio! exclamó con júbilo.

La bailarina en cuestion hacia furor entonces en la Opera, y todos se disputaban sus buenas gracias.

Eduardo dispuso sus baterías. La bailarina no ignoraba que el banquero era uno de sus perseguidores ; de modo que el jóven especulador no podia atreverse á luchar con un rival tan temible, pero sí podia anticiparse y deslumbrar con el esplendor de su primer obsequio. Así lo hizo ; envió una carta de convite para otra cena que habia de tener lugar la misma noche, incluyendo cincuenta mil francos en su billete.

La bailarina aceptó como era de esperar.

Dos horas despues el banquero la convidaba como se habia propuesto; pero era tarde. A mayor abundamiento su generosidad estaba muy lejos de igualar la de Eduardo..

La respuesta que recibió fué la siguiente : «Estoy comprometida. »

El banquero que no se hallaba acostumbrado á tales tropiezos, quiso saber quién era el favorito, y así que le dijeron su nombre exclamó :

— Es la primera vez que le oigo.

— Sin embargo, es un hombre de Bolsa, dijo uno de los confidentes del banquero.

— ¿De veras?

— Tanto que desde hace unos dias se presenta todas las mañanas en su casa de Vd. para tomar sus órdenes, aunque hasta ahora no le haya dado Vd. ninguna.

— Si vuelve, preséntemele Vd.

Eduardo habia previsto que esta seria la marcha de las cosas. Cuando llegó al otro dia, que era el de la cena, á casa del banquero especulador, le introdujeron en el despacho del capitalista, quien le recibió con el mayor agrado y le dijo :

— He oido hablar mucho de Vd., se dice que es Vd. un hombre que entiende los negocios, y además se asegura que bajo todos conceptos es Vd. una persona muy apreciable. Quiero poner á prueba sus talentos de Vd. concediéndole mi entera confianza, y para que en seguida entremos en relaciones de amistad, le suplico á Vd. que venga á cenar esta noche conmigo.

— Mil gracias, aceptaria gustoso, pero me es imposible.

— ¿Y porqué?

— Porque justamente doy yo esta noche una cena.

— ¡Cuánto lo siento! Habia contado ya con Vd...

— Si me atreviera, haria á Vd. una proposicion.

— Hable Vd. francamente.

Eduardo se atrevió á convidar al banquero que aceptó con mil amores, y al otro dia el ex-dependiente se mostró con un aire soberbio en la Bolsa ; ya tenia un protector, ya estaba en vísperas de ser millonario.

La cena le costó muy cara, sobre todo si se considera que hizo los honores á su convidado con una completa abnegacion : se contentó con servirle... pero ¡qué buena fué la recompensa de tan generosa cortesía!

Desde aquel instante su prosperidad ganó terreno con rapidez increible. Operaba en la Bolsa por cuenta agena y por sí, recogiendo de esta doble tarea montones de oro. Sus clientes, personajes todos de alta posicion, le decian al oido secretos que él explotaba con una maravillosa habilidad.

Entonces pudo dar rienda suelta á su osadia, pues desdeñando siempre los beneficios seguros y limitados, corria tras los azares de una guerra á la fortuna empeñada en vastas proporciones. Cien mil pesos por año que le aseguraba el servicio de su clientela, equivalian ya para él á los miserables treinta mil francos que le ofreció su tio el comerciante provinciano.

¿Qué eran efectivamente cien mil pesos para un hombre que daba cenas de cincuenta mil francos, que vivia bajo el mismo pié que los colosos de la especulacion, y que no queria ni reducir su lujo ni poner freno á sus deseos?

— Ya tengo el primer millon, exclamó una mañana ; los demás vendrán sin trabajo.

Y para que vinieran, jugaba con una audacia que le hacia dueño de todas las especulaciones : la cotizacion de la renta obedecia á sus maniobras temerarias.

Citaremos un hecho. — Una vez los fondos estaban en alza; era ocasion de vender, pero habia pocos compradores, y Eduardo que necesitaba dar un gran golpe, se fue muy de mañana al bolsin del Pasaje de la Opera y dijo á los agiotistas.

— Compro cien mil francos de renta.

— Es un ardid, respondió uno de ellos.

— Sí, añadió otro, la renta bajará hoy.

— Señores, compro en realidad, exclamó Eduardo.

— Para cubrir y disimular una operacion contraria.

— Voy á probar á ustedes que se equivocan ; son las diez y compro todo cuanto se me quiera vender hasta las doce.

Se ofrecieron títulos de firme. Eduardo lo compraba todo, y así sucedió que á las doce la renta en vez de bajar, tomó un nuevo movimiento de alza, y el comprador realizó un inmenso beneficio.

Pero á pesar de tanta suerte y talento, el lujo desenfrenado que llevaba acababa por abrir un abismo á sus piés. Esto no lo vió hasta que la inconstante divinidad que llaman la fortuna, dió para él la primera vuelta en sentido contrario. Entonces la obra basada en tan malos cimientos se vino á tierra en un soplo; la decadencia fué mucho mas rápida aun que el encumbramiento.

Una tarde, hace de esto pocas semanas, se notó la ausencia de Eduardo en la Bolsa.

— ¿Dónde está? preguntaron sus compañeros.

— Ha desaparecido.

— ¿Quebró? ¿Y cuánto se ha tragado?

— Media docena de millones.

— Parece increible, con su habilidad...

— Sí, su habilidad extremada le ha perdido.

— Muchos lo sentirán en Paris; sabia gastar el dinero espléndidamente.

Hé ahí su oracion fúnebre.

La justicia le dirá otra. Los especuladores por el estilo de Eduardo, siempre que desaparecen del teatro de sus glorias, se llevan á pais extranjero lo suficiente para consolarse en su desgracia.

De todos modos este y otros ejemplos no curan de la mania de la especulacion á tantos parisienses que piden hoy á la Bolsa lo que en otros tiempos cada cual aspiraba á conseguir por medio de un trabajo sostenido ; era esto menos brillante y mas incómodo, pero era tambien mas seguro y honrado. La gangrena de la especulacion se extiende por todas las clases.

Hé aquí un hecho mas significativo que la historia que acabamos de contar.

Una señora que cuenta algunos años de casada con un empleado de bastante categoría, tuvo la fatal idea de especular sobre los fondos públicos. Al principio sus operaciones le produjeron algunos beneficios ; pero últimamente sufrió pérdidas de consideracion que la dejaron empeñada por mas de treinta mil pesos.

¿Qué hacer en este apuro? Los esposos se querian entrañablemente, pertenecian á buenas familias, y jamás se habian dado uno á otro el disgusto mas pequeño. La mujer no se atrevia á declarar su posicion al marido; pero este notando en ella algo de extraño, comenzó á tener recelos. Sus sospechas iban por distinto camino. Espió á su mujer, la vió salir y entrar continuamente, y por fin interceptó una carta dirigida á ella, en la cual le daban una cita.

El marido no quiso saber mas; se fue á su esposa y la entregó la carta abierta.

Entonces en el último grado de la desesperacion ella pidió perdon á su marido.

— ¿Con que te confiesas culpable? exclamó este.

— Sí, lo soy, he perdido todo cuanto tenemos, la fortuna de nuestros hijos, ten piedad de mí.

El marido respiró como aliviado del peso de una montaña. Sin dejar traslucir la naturaleza de sus sospechas, pidió explicaciones sobre lo sucedido, y una vez al corriente de todo pagó lo que debia su mujer; aunque haciendo penosas reflexiones sobre los peligros de esa fiebre de la especulacion que llega hasta las mejores madres de familia.

Pero apartemos ya los ojos de estos males de la vida moderna.

Entre los extranjeros de distincion que han visitado en el verano último la capital de la Francia, se cuenta un coronel polaco al servicio de la Rusia, que se distinguió sobremanera cuando la defensa de Sebastopol. En la «Historia del emperador Nicolás» que acaba de publicar en frances M. Balleydier, libro que se recomienda por la exactitud de los detalles biográficos que contiene sobre el czar difunto, hallamos un episodio interesante y poco conocido, cuyo héroe es el coronel mencionado.

Algunos dias despues de la sumision de la Polonia un polaco que pertenecia á las sociedades secretas, se fue á San Petersburgo con la firme intencion de vengar su patria asesinando al emperador. Con efecto, ocultando en su pecho un arma terrible, se aproxima al czar cuando este pasaba revista á su guardia en el Campo de Marte. Un paso mas y alcanza al corazon de su víctima ; pero el puñal tiembla en su mano, y á punto de dar el golpe, fascinado por

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

la mirada majestuosa del autócrata y por su dignidad imponente, se detiene, vacila, y al fin, como arrastrado por una fuerza irresistible, se aleja con rapidez del campo de maniobras.

Bajo la impresion de sus remordimientos y queriendo libertarse de la idea fatal que puede acometerle de nuevo, en medio de su deseo ardiente de venganza, corre á pedir un pasaporte. La policía de San Petersburgo es recelosa. El polaco habia declarado la intencion de permanecer algun tiempo, y le manifestaron era de extrañar que tan pronto cambiara de resolucion: pero á esto contestó que razones de fuerza mayor exigian su salida inmediata.

— Perfectamente, le dijo el que despachaba los pasaportes; ¿y adónde se dirige Vd.?

— A Jerusalen.

— ¿Con qué objeto?

— Con objeto de devocion.

A pesar de estas contestaciones, su aire inquieto y cortado, la palidez de su frente despertaron mas y mas las sospechas.

— Vuelva Vd. dentro de dos horas, dijo el empleado, que ya el pasaporte estará listo.

Un instante despues se hallaba prevenida la policía general del conde Orloff. Este mandó al punto uno de sus agentes á la oficina de los pasaportes, donde á la hora que le habian fijado se presentaba nuevamente el polaco para sufrir otro interrogatorio. Acometido por tanta pregunta se turba, se contradice y acaba por confesar francamente cuál habia sido el proyecto que le habia llevado á San Petersburgo.

Inmediatamente fué preso.

Sabedor Nicolás de este incidente extraño, y adivinando por los remordimientos de aquel hombre y por su inexperiencia en el crímen que solo el fanatismo habia extraviado un instante su corazon y quizá su juicio, quiso verle.

Introdujeron al polaco en la cámara imperial. Nada en aquel hombre revelaba un asesino comun; tenia un aire firme y sereno, pero respetuoso.

— ¿Es cierto, le preguntó el emperador, que has venido á San Petersburgo para asesinarme?

— Muy cierto, señor.

— ¿Qué sentimiento ha podido inspirarte la idea de semejante crímen?

— El amor á mi pais.

— Esos sacrificios sangrientos son hijos no del amor, sino de la maldad y el odio.

— El amor en política es sinónimo de venganza, y yo porque amaba demasiado á mi patria, la he querido vengar.

— De la posicion en que se ha colocado por su culpa. ¿no es cierto? ¿He sido yo quien la puse las armas en la mano contra el derecho y la autoridad? ¿He sido yo quien la sacó á combatir primero en las poblaciones y luego en los campos de batalla? ¿Fuí yo quien cerró su corazon á la voz de la clemencia y del perdon? La Polonia ha querido arrancar un floron de la corona de Rusia, y yo, guardian de esa corona, he debido defenderla. ¿Qué habrias hecho tú en mi lugar?

— Señor, sois ruso...

— Y polaco, puesto que soy rey de Polonia.

— Por derecho de conquista, señor.

— La conquista sancionada por la victoria es una majestad...

Hubo entonces un momento de silencio; el emperador prosiguió:

— ¿Y qué es lo que te ha impedido cometer el crímen?

— Primero vuestra mirada, y despues la mano de un ángel sin duda.

— ¿Estás arrepentido?

— Sí, me arrepiento de haber osado concebir la idea de un crímen que por fortuna no he consumado; pero no le hace, soy culpable, mi vida os pertenece, y os la doy sin pediros una gracia que no me acordaríais.

— ¿Me la das sin reserva?

— Sí, señor.

— Bajo esa condicion la acepto... Vivirás; pero mañana mismo saldrás para Varsovia, ingresarás en mis tropas en calidad de soldado, y como me figuro que eres un hombre de corazon, borrarás en breve con tu conducta el recuerdo de un crímen que perdono y olvido.

Efectivamente, dos años despues el polaco era capitan, y hoy, como ya hemos dicho, es coronel, grado que alcanzó combatiendo valerosamente en la Crimea.

MARIANO URRABIETA.

La Sanjuanada.

—

I.

¡Qué calor!... Pero subamos
A la cumbre de aquel cerro,
Porque allí agita los bortos
Y las encinas el viento.
¡Qué calor!... Queman las piedras
Y están mustios los helechos,
Y el sudor baña copioso
Nuestra frente y nuestro seno.
¡Qué calor!... Cabras y ovejas
Esquivan el resistero
A la sombra de las peñas,
Y aun así les falta aliento,
Que respiran jadeantes
Esta atmósfera de fuego.
¡Pero adelante! subamos
A la cumbre, compañeros,
Que compensacion cumplida
En la cumbre encontraremos.
Ya vamos ganando el pico...
Haced el postrer esfuerzo...
Ya casi estamos arriba.
Bajad los ojos al suelo
Y fijadlos á mi voz
En el horizonte nuevo.
Eso es, seguid adelante,
¡Como refresca aquí el viento!
— ¿Miramos?
— No: todavía
No mireis, porque os reservo
Un sorprendente espectáculo.
¡Ea, á una, compañeros!
— ¡Jesus!
— ¡Jesus!
— ¿Os sorprende
Este espectáculo bello?
Bien os predije en Castilla
Vuestra sorpresa y contento,
Al ver mi nativo valle,
El valle amado á que vuelvo
Tras muchos años de ausencia,
Tras muchos vanos esfuerzos,
Con muchos dolores mas,
Con mucha esperanza menos.
Por Oriente y Occidente
Montes que llegan al cielo
Sirven de muros al valle,
Muros de verdor cubiertos,
Y para que el valle pueda
Mirarse en un ancho espejo,
Tiene por límite al Norte
El mar donde impele el viento
Y agitan olas azules
Cien bergantines veleros.
Los llanos y las colinas
De arboledas están llenos,
De caseríos poblados
Y surcados de arroyuelos,
Y allá en el centro del valle
Entre nogales y fresnos
Eleva su campanario
Blanco y atrevido un templo...
¡Ah! me siento conmovido,
Y arrebatado me siento
Ante lo que ven mis ojos
Y ante los dulces recuerdos
De mi niñez arrullada
En ese valle risueño,
Que en ese valle pasé
Quince años entre dos besos.
¡Con un beso recibióme
En él el labio materno,
Y me despidió, quince años
Mas tarde, con otro beso!
Dejadme cantar en el
Humilde tono del pueblo,
Y llevad en la memoria
Mis desaliñados versos
A orillas del Manzanares,
Donde algo del alma dejo.
Contádselos á la niña
Por quien de amores me muero,
Que sonaron á su oido
Tan melodiosos y tiernos
Como aquellas serenatas
Que la dimos, compañeros,
Las noches de la verbena
De San Juan y de San Pedro.
Pero oid, que ya en el valle
Donde hace pocos momentos
Estaba en silencio todo,
De reinar deja el silencio,
Que el toque de las campanas
A la siesta pone término,
Y á juntarse en la arboleda
Van doncellas y mancebos.
Mas ¿qué indican esos gritos
Que se oyen de tiempo en tiempo?
— Indican que hoy es San Juan
Y que muy pronto veremos
Cual celebra alborozado
La Sanjuanada ese pueblo.
Oid como gritan unos:
— «¡San Juan! ¡San Pedro!»
Y como responden otros:
— «¡San Pelayo en medio!»

II.

Tras las cumbres del ocaso
Va el sol desapareciendo...
Desaparezca en buen hora
Que mas que sol, era fuego;
Y si piensa que su ausencia
El valle cubre de duelo,
Lo que es esta vez, amigos,
Se lleva un chasco soberbio,
Que á su desaparicion
Todo en el valle es contento,
Todo vida, todo gritos
Y cánticos placenteros.
Por todas partes cuadrillas
De doncellas y mancebos
Trepan á los argomales
De los empinados cerros,
Saltando como las cabras
Regatos, cárcabas, setos,
Y talan cual si buscasen
Roza para cien caleros,
Con las espinosas árgomas
El inofensivo brezo,
Y en haces como montañas
La roza van disponiendo.
Ruedan veloces los haces
Por la pendiente del cerro
Como en enormes aludes
Rueda la nieve en invierno,
Y á un haz sigue otro haz y bajan
Al valle diez, veinte, ciento,
Y junto á las caserías
Se elevan á poco tiempo
Altas hacinas de roza
Que solo esperan el fuego.
No hay corazon en el valle
Que no lata de contento,
Porque la noche que empieza
A tender su oscuro velo,
Será una noche de encanto,
De luz, de placer inmenso,
Y los momentos se acercan
En que cien soles tan bellos
Como el sol que hace una hora
Brillaba en el firmamento,
Inunden de luz el valle,
Inunden de luz el cielo,
Pues esos gritos que se oyen
Resonar de cerro en cerro,
Y de llano en llano, anuncian
Esos ansiados momentos.
Oid como gritan unos:
— «¡San Juan! ¡San Pedro!»
Y como responden otros:
— «¡San Pelayo en medio!»

III.

Poned, gentiles doncellas,
Poned á la roza fuego,
Y así que la llama ondule
Agitada por los céfiros,
En torno de las hogueras
Bailad sin perder momento
Al compás de las campanas
Y al compás de los panderos
Hasta que los pajaritos
Que duermen en los cerezos,
Os anuncien la alborada
Con sus alegres gorjeos.
Bailad, gentilles doncellas,
Con los gentiles mancebos,
Que San Juan os dará el novio
Que os deleita en vuestros sueños,
Con tal que la Sanjuanada
Celebreis cual cumple hacerlo.
Mas ya alumbran cien hogueras
Cañadas, llanos, oteros,
Todo ese verde horizonte
Que ante los ojos tenemos,
Y alumbran tal que si el sol
Brillara en el firmamento,
Se eclipsara al punto, como
Se eclipsan luna y luceros.
El campanario que se alza
Altivo sobre los fresnos,
Y los que asoman humildes
Entre el ramaje en los cerros
Cual nunca alegres, cual nunca
Sonoros y vocingleros
Celebran la Sanjuanada,
Y al sonoro campaneo
Escopetas y cohetes
Unen constantes su estruendo.
En torno de las hogueras
Los músicos instrumentos
Dan vida y compás al baile
De doncellas y mancebos,
Y en altas pertegas arden
Las corambres que sirvieron
De vaso al rico clarete
De Rioja en otro tiempo,
Y al compás de las campanas,
Del canto, del tiroteo,
De los tamboriles, de
Los silbos y los panderos,
Las hembras y los varones,
Los jóvenes y los viejos
Incesantemente gritan:
— «¡San Juan! ¡San Pedro!»
Y de cien partes responden:
— «¡San Pelayo en medio!»

ANTONIO DE TRUEBA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Congreso de los naturalistas en Bonn.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Congreso

DE NATURALISTAS Y MÉDICOS ALEMANES REUNIDOS EN BONN DEL 18 AL 24 DE SETIEMBRE DE 1857.

Mientras la Alemania se halla inundada de un diluvio de congresos, á saber: — congreso evangélico en Berlin, — de beneficencia en Francfort, — de estudiantes en Leipsik, — de arqueólogos en Nuremberg, — de oculistas en Bruselas y de estadística en Viena, nos parece oportuno decir cuatro palabras sobre la 33ª reunion de los sabios alemanes en la bonita ciudad de Bonn y las encantadoras márgenes del Rhin.

Estas reuniones instituidas por Oken proporcionan grandes ventajas á la ciencia, porque los miembros que en ellas toman parte tienen ocasion de conocerse, de ponerse de acuerdo para los trabajos que deben ejecutar en comun, y de olvidar las amarguras de una polémica, á menudo demasiado viva. Esto sin contar con que en esas solemnidades se pasan unos dias divertidos.

Publicamos en la página anterior la vista de una de las sesiones generales, dibujada por M. Fickenscher. Celebrábanse en un gran salon adornado á costa de S. M. el rey de Prusia, con el retrato de S. M., con bustos, flores, lavas procedentes de los antiguos volcanes de los Siebengebirge, etc. Las sesiones generales se empleaban en discutir los asuntos del congreso y en oir lecturas de Memorias.

Los presidentes, M. *Kilian*, uno de los primeros comadrones de la Alemania y M. *Nœggerath*, cuyo agudo decir fué muy celebrado por la asamblea, ocupan la mesa con el jóven y célebre *Helmholtz* á quien la ciencia debe el oftalmóscopo (instrumento que es para el ojo lo que el estetóscopo para el pecho) y que llenaba las funciones de secretario.

En la primera de estas funciones ocurrió un incidente digno de notarse. El célebre A. de Humboldt, ese Nestor de la ciencia que á los ochenta y nueve años ocupa todavía el primer puesto entre los sabios de la Europa, escribió á los presidentes excusándose de no poder asistir á la reunion. « Y no es enteramente por causa de mi débil salud, decia; sino que estando á punto en que todas las cosas de la tierra se van á concluir para mí, debo tratar de terminar á beneficio de una tarea incesante varios trabajos que he descuidado imprudentemente durante mucho tiempo. »

Estas palabras de un hombre que no ha vivido ni vive sino para la ciencia, produjeron honda impresion en el auditorio. — El anciano *Nœggerath* se levantó y con voz conmovida propuso mandar á Humboldt por el telégrafo la expresion de los votos que la primera reunion sábia de la Alemania hacia por la felicidad y la salud del célebre naturalista. Inútil será añadir que la proposicion se aceptó por unanimidad.

Despues se decidió que el 34º congreso tendrá lugar el año próximo en Carlsruhe bajo la presidencia de los señores Eisenlohr y Voltz.

No entraremos en el pormenor del trabajo de las secciones, pero si vamos á citar algunos nombres propios. La Francia estaba representada en este congreso por los señores E. de Beaumont, Leroy de Etiolles Sedillot, Serres (de Uzès), Daubrée, Stoeber y Hebert; contábanse allí los señores Donders, Muller, Helmholz, Fick y Ruete, entre los fisiologistas alemanes; J. Vogel, Spiess, Albers, Schencevogt, Friedreich, entre los médicos; Stromeyer, Baum, Wutzer y Busch, entre los cirujanos; la obstétrica tenia á los señores Kilian y Credé, la botánica á los señores Braun, Siebold, Schultze-Schultzenstein; la química y la física á los señores Fresenius, Schrœtter, Scherer y Rose, etc.

Hablemos ahora de las diversiones que amenizaron las tareas científicas. — Principiamos por la excursion del *Drachenfels*.

El dibujante ha representado el momento en que la flotilla atraviesa el Rhin. En el fondo se ve la colina donde habitaba el Dragon que fué muerto por Siegfrido el heróe de los Paises-Bajos, nuevo Aquiles que quiso bañarse en su sangre para hacerse invulnerable. Hay sin embargo otra leyenda que dice que ese dragon fué dominado y muerto por una vírgen cristiana expuesta á sus furores. — Sea como quiera, lo que hay de positivo es que del Drachenfels, uno de los siete montes que forman los Siebengebirge sacaron las piedras para edificar la catedral de Colonia. En frente de la montana se ve el viejo volcan *Godersberg* que visitaron los naturalistas guiados por M. *Nœggerath* y que ofrece tan alto interés á los geólogos.

El domingo 20 se empleó en subir el Rhin hasta *Stolzenfels*. La compañía de vapores del Rhin suministró tres *Dampfschiff* empavesados, y al ruido de las músicas y en presencia de las damas de Bonn, los *Naturforscher* salieron por la mañana á las siete para no volver hasta las once de la noche. Nada hay que decir ya sobre las vistas pintorescas, sobre las deliciosas perspectivas del Rhin. En Stolzenfels, la mas completa de las ruinas modernizadas del Rhin, los naturalistas bajaron á tierra y visitaron el interior de ese castillejo de la edad media, amueblado y decorado con arreglo al gusto de entonces. La vista es magnífica: desde lo alto de Stolzenfels se ven Marksburg y sus torres fortificadas, Lahnek en el valle, Oberlahnstein y sus murallas rojizas que se reflejan en el Rhin, la capilla de Wenzel y la iglesia de San Juan.

De allí el vapor *Schiller* llevó á los naturalistas á Coblentz donde la princesa de Prusia los recibió con su gracia y su benevolencia ordinarias. El príncipe de Furstemberg los acompañó á visitar la linda iglesia de San Apolinario, bonito edificio donde se habia preparado una iluminacion con luces de bengala del mejor efecto.

Al otro dia el congreso se dirigió á Colonia, donde se admiraron los tesoros de la catedral, las construcciones hechas y los planos de las que faltan aun; se dice que dentro de cincuenta años estará terminada esa maravilla de la arquitectura moderna que entonces será un edificio único en el mundo. Tambien aquí hubo iluminaciones con llamas de bengala.

La ciudad de Bonn quiso festejar igualmente á los naturalistas, y para ello preparó un baile en donde los botánicos hallaron mas de una flor desconocida. — La *Concordia*, sociedad de canto que mas de una vez se llevó el premio en Dusseldorf, ejecutó varios coros con una habilidad, un gusto y un conjunto que excitaron prolongados aplausos.

Despues de otras excursiones á Rolandseck y á Godesberg, comidas y reuniones en la Estrella, en el *Hotel Royal* y en *Bellevue*, despues de seis dias de entusiasmo contínuo, de expansion amistosa y de sérias tareas, llegó la hora triste en que hubo que separarse. Los señores Kilian y Nœggerath pronunciaron las palabras de despedida; M. Schrœtter dió gracias á los presidentes en nombre de la asamblea, y todos se separaron diciéndose: — «Hasta el año próximo en Carlsruhe.»

EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

X.

LA CRISIS.

La época mas dichosa en la vida de una jóven es el año que precede á su matrimonio. Toda mujer que quiera tener memoria recordará con un sentimiento de inefable placer el invierno bendito entre todos cuando hizo su eleccion ignorada del mundo.

Una muchedumbre de pretendientes tímidos é indecisos daban vueltas en su derredor disputándose su ramillete ó su abanico, y la envolvian en una atmósfera de amor que ella respiraba con embriaguez. Ya entonces habia distinguido entre todos al favorito, á quien no habia prometido nada, experimentando cierta alegría en tratarle como á los demás y en ocultarle su preferencia. Se complacia en hacerle dudar de la felicidad, en llevarle de la esperanza al temor, en ponerle á prueba un poco cada noche. Pero en lo mas recóndito del alma le inmolaba todos sus rivales y depositaba á sus piés todos los homenajes que fingia recoger de los otros. Se prometia pagarle ricamente tanta perseverancia y resignacion, y sobre todo saboreaba ese placer eminentemente femenino de mandar á todo el mundo y de obedecer á un solo hombre.

Eulalia no habia tenido este período de tiempo. El año que precedió á su casamiento habia sido el mas triste y miserable de su pobre juventud. Pero el año siguiente fué mejor; vivia en Corfu rodeada de admiradores. Todos los que se acercaban á ella, jóvenes ó viejos, le manifestaban sentimientos afectuosos. En su hermosa frente tenia estampado el sello de melancolía que declara á todo el mundo cuando una mujer no es dichosa.

Los mas atrevidos temian ofrecerse á la que parecia no carecer de nada; pero la tristeza alentaba á los mas tímidos, y todos se disputaban el honor de prodigarla cariñosos consuelos.

Tambien militaban en su partido varios doctores. El jóven Dandolo, uno de los hombres mas brillantes de las siete islas, al propio tiempo que la rodeaba de cuidados y atenciones, la deslumbraba con su talento y la imponia su soberbia amistad con la autoridad de un hombre que siempre ha vencido.

Gaston de Vitré andaba á su lado con una solicitud inquieta. El hermoso jóven sentia palpitar en su corazon una vida nueva. En nada habia cambiado sus costumbres; sus trabajos y sus placeres seguian el curso de otro tiempo; pero cuando leia cerca de su madre veia lucir soles entre las páginas del libro; se detenia como deslumbrado en medio de su lectura, y se acordaba de un verso que no llamó su atencion cuando le habia leido. El beso de despedida que daba todas las noches á su madre era un beso de fuego, y cuando rezaba arrodillado con la cabeza apoyada en su cama, veia pasar entre sus ojos y sus párpados singulares imágenes.

Ya no dormia como antiguamente hasta por la mañana; su sueño se interrumpia varias veces. Se levantaba antes de amanecido y corria por el campo con una impaciencia febril. Su escopeta le pesaba menos sobre el hombro, sus piés hollaban la yerba con una ligereza extraordinaria. Se aventuraba mas lejos en el mar, y sus brazos mas robustos se regocijaban remando; pero fuese cual quisiera el punto que elegia para paseo, lo cierto es que una fuerza invisible le llevaba todos los dias cerca de la habitacion de Eulalia. Llegaba al palacio por tierra y por mar; volvia hácia su morada como la brújula hácia la estrella, sin comprender la influencia que le atraia.

Recibíanle siempre como amigo, y sin ocultar el placer que tenian en verle. Sin embargo, él deseaba al punto marcharse; decia que habia entrado de paso, que le esperaba su madre, apenas se sentaba. Pero á los últimos resplandores del sol estaba todavía cerca de la adorada convaleciente, y extrañaba que fuesen tan cortos los dias en el verano.

Stevens, hombre macizo, cuerpo grave, marcaba el paso detrás del sillon de Eulalia como un regimiento de infantería; tenia con ella esas atenciones prudentes y bien premeditadas que constituyen la fuerza de los hombres de cincuenta años. La llevaba dulces y la contaba cuentos; la prodigaba todos los cuidados que halagan siempre á las mujeres.

Eulalia no despreciaba aquella buena amistad, paternal en la forma, aunque no tanto sin embargo como la del doctor Delviniotis. Tambien recompensaba con una mirada placentera al capitan Bretignieres, que corria en torno de ella con estrépito y algazara, y profesaba una tierna amistad al doctor Le Bris, quien por su parte acostumbrado á hacer la córte inocentemente á todas sus enfermas, no sabia con certeza lo que experimentaba por Eulalia; la jóven cambiaba de dia en dia, y aquella beldad renaciente podia llevarse en un soplo la barrera que separa la amistad del amor.

Todos estos sentimientos mal definidos y mas difíciles de nombrar que de describir, constituian la alegría de la casa y la felicidad de la jóven, que notaba una gran diferencia entre su último invierno de Paris y su primer verano de Corfu. El palacio y el jardin respiraban la alegría, el amor y la esperanza. Se oian voces y risas á cada momento; todos los amigos rivalizaban en gracia y buen humor, y Eulalia renacia al dulce calor de todos aquellos corazones que latian por ella. Si tuvo cuidado de atizar el fuego mediante una inocente coquetería, es porque deseaba asegurar la conquista de su marido.

Los penosos recuerdos de sus bodas se iban borrando de su memoria poco á poco. Habia olvidado la ceremonia lúgubre de Santo Tomás de Aquino, y se consideraba como una novia á quien están esperando para ir á la iglesia. Ya no pensaba en la Chermidy, y no sentia ese frio interior de cuando se teme á una rival.

Su marido le parecia como un hombre nuevo, y ella igualmente creia ser una mujer nueva, nacida ayer. ¿No equivale á nacer nuevamente el librarse de una muerte segura?

Se figuraba haber nacido en la primavera, y decia sonriendo:

— Soy una niña de cuatro meses.

La anciana condesa la confirmaba en esa idea tomándola en sus brazos como se toma á una criatura.

No obstante habia podido llamarla á la realidad la presencia del niño. Era difícil olvidar que el marquesito de los Montes de Hierro tenia una madre, y que esta madre podria reclamar hoy ó mañana la felicidad que le habian arrebatado.

Pero Eulalia estaba acostumbrada á considerarle como hijo suyo. El amor maternal es tan innato en las mujeres, que se desarrolla largo tiempo antes del matrimonio. Se ven niñas de dos años que ofrecen su manita á los muñecos. El marquesito era la muñeca de Eulalia; no se acordaba de sí para ocuparse de su hijo; hasta le parecia hermoso, lo que prueba que estaba dotada de un verdadero corazon de madre.

El conde la miraba enternecido cuando ella estrechaba en sus brazos aquel diablillo casi negro, y se regocijaba al pensar que el gesto hereditario de los Villanera no daba ya miedo á su esposa.

Todas las noches á las nueve los amos y los criados se reunian en el salon para rezar en comun. La anciana condesa ponia sumo cuidado en conservar este uso religioso y aristocrático; ella leia las oraciones en latin. Los criados griegos se asociaban devotamente á los otros á pesar del cisma que los separa de los cristianos de Occidente. Mateo Mantoux se arrodillaba en un rincon oscuro desde donde podia observarlo todo sin que le vieran á él, y trataba de descubrir los efectos del veneno en el rostro de Eulalia.

Ni una sola vez habia dejado de envenenar el vaso de agua que la llevaba todas las noches, prometiéndose que el arsénico administrado en dosis cortas aceleraria el progreso de la enfermedad y sin dejar señales visibles.

En las clases ignorantes hay la preocupacion de creer en la accion de los venenos lentos. Mantoux, justamente llamado Poca Suerte, no podia saber que el veneno mata á las personas de un solo golpe, ó no las mata. Creia que los miligramos de arsénico ingeridos en el cuerpo se van juntando y forman granos con el tiempo; contaba sin el trabajo incansable de la naturaleza que repara incesantemente todos los desórdenes interiores. Si hubiera tomado mejores lecciones de toxicología, ó si hubiese recordado el ejemplo de Mitrídates, habria comprendido que los envenamientos microscópicos producen otro efecto muy distinto del que esperaba. Pero Mateo Mantoux no conocia la historia.

No le habria sorprendido mucho menos el saber que el arsénico absorbido en cortas cantidades es un remedio contra la tísis. No siempre la cura, pero sí proporciona un verdadero alivio al paciente. Las moléculas de veneno van á quemarse en los pulmones al contacto del aire exterior, y producen una respiracion facticia. Algo vale respirar á gusto, y Eulalia pudo apreciarlo muy en breve.

El arsénico abre el apetito, facilita el sueño, restablece la robustez, no es nocivo al efecto de los demás remedios, antes bien suele ayudar su accion.

El doctor Le Bris habia pensado á menudo en tratar á Eulalia por aquel método, pero un escrúpulo muy natural le habia detenido siempre. No estaba cierto de salvar á la enferma, y ese diablo de arsénico le recordaba la Chermidy.

Mateo Mantoux, doctor menos timorato, aceleró los efectos del iodo y la curacion de Eulalia.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

La jóven aspiró el iodo puro desde el 1° de agosto hasta el 1° de setiembre. El doctor asistia cada mañana á la inspiracion, y á veces le acompañaba Delviniotis.

Este modo de tratamiento no es infalible, pero es suave y fácil. Una corriente de aire caliente disuelve con lentitud un centígramo de iodo y le lleva sin esfuerzo y sin dolor hasta los pulmones. El iodo puro no embriaga á los enfermos como la tintura de iodo; no seca la boca como el éter iodrídico, y no provoca la tos. Su único defecto es dejar un gustillo de hierro tomado en la boca, al que en breve se acostumbra el enfermo.

Los doctores Le Bris y Delviniotis hicieron que poco á poco Eulalia se acostumbrase á este medicamento nuevo. En su impaciencia de sanar habria querido precipitar los remedios, pero solo la permitieron una inspiracion cada mañana y de corta duracion, tres minutos, cuatro cuando mas. Con el tiempo aumentaron la dosis, y á medida que la curacion adelantaba la administraron hasta dos centígramos por dia.

La mejoría hacia progresos increibles gracias á la colaboracion discreta de Mateo Mantoux. Un forastero que se hubiese presentado en el palacio Dandolo no habria adivinado que habia allí una enferma.

A fines del mes de agosto Eulalia estaba fresca como una flor. En aquel hermoso vergel donde la naturaleza habia aumentado todas sus maravillas, el sol no veia nada mas brillante que aquella jóven enteramente nueva que salia de la enfermedad como una joya de su estuche.

No solamente volvian á florecer en su rostro los colores de la juventud, sino que la salud metamorfoseaba todos los dias las formas adelgazadas de su cuerpo. El dulce movimiento de una sangre generosa iba dando color á su cutis trasparente; todos los resortes de la vida entorpecidos por tres años de dolor, se tendian de un modo visible.

Los testigos de aquella trasfiguracion milagrosa bendecian la ciencia como se bendice á Dios; pero el mas contento de todos ellos era quizá el doctor Le Bris. La curacion de Eulalia se presentaba á los demás como una esperanza; él la veia como una cosa segura. Auscultando á su querida enferma se cercioraba todos los dias de la disminucion del mal; veia la curacion en sus efectos y en sus causas, y media como con un compás el terreno que le habia quitado á la muerte.

La auscultacion, método admirable que la ciencia moderna debe al genio de Hipócrates, permite que el médico lea claramente en el cuerpo de su enfermo. Los resortes invisibles que se agitan en nosotros producen en su marcha regular un ruido tan constante como el movimiento de una péndola. El oido del médico, cuando está acostumbrado á oir esa armonía de la salud, reconoce por señales seguras el mas pequeño desórden interior. La enfermedad da por sí misma todas las explicaciones necesarias al observador inteligente, que asiste á los progresos de la vida ó de la muerte, como el testigo oculto detrás de una puerta adivina los menores incidentes de un combate ó de una disputa. Un sonido mate designa al médico las partes del pulmon donde el aire no penetra ya; un ruido particular le indica esas cavernas invasoras que caracterizan el último período de la tisis.

Le Bris reconoció muy luego que las partes impermeables al aire se circunscribian de dia en dia, que el ruido fatal se amortiguaba poco á poco, que el aire volvia á entrar en las celdillas vivificadas que envolvian las cavernas cicatrizadas. Para la anciana condesa habia dibujado la carta exacta de los destrozos que habia hecho la enfermedad en el pecho de la jóven. Todas las mañanas trazaba con lápiz un nuevo contorno que atestiguaba el progreso constante de la curacion.

Balzac ha supuesto un enfermo extraño cuya vida figurada por una piel de zapa se va estrechando cada dia; el dibujo del doctor Le Bris se estrechaba igualmente cada dia representando la salvacion de Eulalia.

El 31 del mes de agosto, Le Bris, gozoso como un vencedor, quiso alargar su paseo hasta la ciudad. El campo era muy de su gusto, pero no desdeñaba tampoco una vueltecita por la esplanada al sonido de las músicas militares. Mirando el humo de los vapores creia acercarse á Paris. Solia comer en la mesa de los oficiales ingleses y se paseaba por los barrios del comercio. Admiraba los soldados vestidos de blanco, con sombrero de paja, guantes amarillos y zapatos de charol, y tambien se paraba un rato ante las tiendas de ricas frutas que los vendedores mantienen en una limpieza inglesa.

Quizás tambien el jóven doctor miraba con cierta complacencia las hermosas griegas asomadas á sus ventanas con marco de flores; en ese pais sencillo, las mujeres de la clase media no tienen escrúpulo en saludar cariñosamente al forastero que pasa por la calle, como las ramilleteras de Florencia arrojan ramilletes á los coches. Si el padre las distingue, las corrige con mano dura en nombre de la moral, y esto varia un poco el cuadro.

En tanto que el doctor se entregaba á estos placeres inocentes, el conde Dandolo, el capitan Bretignieres y los Vitré comian juntos en casa de Villanera.

Eulalia tenia buen apetito; no así Gaston que comia solo con los ojos. No atendia á la mesa ni á la conversacion, sino á la enferma.

Sin embargo, el coloquio se hizo interesante á los postres. Dandolo describió á grandes rasgos la política inglesa en el extremo Oriente; mostró á la gran nacion establecida en Hong-Kong, en Macao, en Canton, en todas partes.

— Vereis, ó lo verán vuestros hijos, como los ingleses se posesionan de la China y del Japon.

— Poco á poco, interrumpió el capitan Bretignieres; ¿y qué le daremos á la Francia?

— Todo lo que pida, es decir, nada. La Francia es un pais desinteresado que pasa su vida en conquistar el mundo, pero que tendria escrúpulos en conservar nada de lo que conquista.

— Entendámonos, señor conde; la Francia siempre ha carecido de egoismo; ha hecho mas por la civilizacion que ningun otro pueblo de la Europa y nunca ha pedido su salario. El universo es nuestro deudor; le suministramos ideas hace tres ó cuatro siglos, y en cambio no nos da nada. ¡Cuando pienso que ni siquiera tenemos las islas Jónicas!...

— Las habeis tenido, capitan, y no habeis querido conservarlas.

— ¡Ah! ¡si tuviera yo mis dos piernas!...

— ¿Qué hariais, capitan? preguntó Eulalia.

— ¿Qué haria? Si mi pais no tiene ambicion yo la tendria por él; le daria las islas Jónicas, Malta, la India, la China, el Japon, y no sufriria la monarquía universal.

— El capitan, repuso la enferma, se parece al domine que tenia un alumno que robó una fruta; le echó un sermon contra la gula y acabó comiéndose la fruta.

El capitan se quedó cortado.

— Creo, exclamó, que mi pensamiento me ha hecho exagerar las cosas; ¿en dónde estábamos?

— En todas partes, dijo el conde Dandolo.

— Justamente, puesto que hablábamos de la Inglaterra. ¿Creeis que si la historia de Ky-Tcheu le hubiese sucedido á un buque inglés se habrian contentado con bombardear la ciudad? No seguramente; la Inglaterra habria sacado de aquí un buen tratado de comercio, cien millones en metálico, y cincuenta leguas de terreno.

— ¿Esa es vuestra opinion? preguntó el conde Dandolo.

— Y la de todo el mundo.

— Pues entonces ¿para qué discutir? todos abundamos en las mismas ideas.

— ¿Qué historia es esa de Ky-Tcheu? preguntó Eulalia.

— ¿No la habeis leido?

— Jamás leemos periódicos, mi querido conde.

— Ky-Tcheu es un asunto muy serio. Se reduce á que los chinos mataron á dos misioneros y á un comandante francés; los franceses destruyeron la ciudad, tanto que ni su nombre queda en el mapa; todos se preguntan cuáles serán las consecuencias de todo esto, y yo me figuro que esas consecuencias serán nulas.

El conde de Villanera se mezcló por primera vez en la conversacion y preguntó:

— ¿Esa historia es reciente?

— Recientísima, ha llegado por el último correo. ¿No habeis oido hablar de *la Nayade*? ¿No habeis leido la muerte del capitan Chermidy?

El conde de Villanera se puso pálido; Eulalia le miró fijamente para sorprender en sus ojos un síntoma de alegría; la anciana condesa se levantó de la mesa, y Dandolo pasó al salon sin haber contado la historia de Ky-Tcheu.

Eulalia se aprovechó del momento en que servian el café á sus convidados para llevarse á su marido al jardin.

El sol se habia puesto hacia dos horas, y la noche estaba caliente como una noche de verano. Los esposos se sentaron en un banco rústico al borde de la mar. La luna no asomaba todavía por el horizonte, pero el cielo se cubria de estrellas, y las olas alumbraban la playa con sus luces fosforescentes.

El conde estaba aun atónito con la noticia que acababa de llegar á sus oidos. Aunque el golpe fué muy fuerte, la impresion habia sido tan repentina que no se daba cuenta del hecho á sí mismo, y no sabia aun si experimentaba una alegría ó una pesadumbre. Se asemejaba al hombre que acaba de caer de un tejado, y que se palpa para saber si está muerto ó vivo.

Mil reflexiones rápidas cruzaban confusamente por su espíritu como las antorchas corren por la noche sin disipar las tinieblas.

Eulalia no estaba mas tranquila; comprendia que su existencia se iba á decidir en una hora, y que su médico no era ya el doctor Le Bris, sino su marido.

Sin embargo, entrambos jóvenes conmovidos hasta el fondo del alma permanecieron algunos instantes en silencio. Un pescador que bogaba hácia la orilla debió tomarlos por dos amantes dichosos absortos en la contemplacion de su felicidad.

Eulalia habló la primera. Se volvió hácia su marido, le tomó las manos y le dijo con voz sofocada:

— ¿Lo sabiais?

El conde respondió:

— No, Eulalia; si lo hubiera sabido os lo habria comunicado; con vos no tengo secretos.

— ¿Y qué decis de la noticia?

— No sé qué responder, me poneis en un cruel apuro. Dejadme respirar un poco.

— Me habeis de decir si os causa placer ó pena.

— Placer no puede causarme; pero si os digo que me causa pena, concluireis que tengo un compromiso contraido; ¿no es verdad?

— No sé lo que pasa por mí, contestó la jóven, no sé lo que pienso, mi corazon late tan fuerte que nada puedo oir sino sus latidos. La idea que veo con toda claridad es que esa mujer está libre. Si os ha prometido enviudar pronto, ha cumplido su palabra antes que vos, llega la primera á la cita que os habeis dado, y temo...

— ¿Qué temeis?

— Temo ser un estorbo, puesto que mi vida os separa de vuestra felicidad, y que mi salud os quita hasta la esperanza.

— Vuestra vida y vuestra salud son presentes de Dios; por un milagro del cielo os conservais, y ahora que os conozco bendigo una y mil veces á todas horas los decretos de la Providencia.

— Mil gracias, propio es de vos ese lenguaje consolador y religioso. Sois demasiado buen cristiano para que un milagro os encuentre rebelde. Pero ¿nada sentis? Habladme con toda franqueza, mi salud me permite ya oirlo todo.

— No siento mas que una cosa.

— ¿Cuál es?

— La de no haberos consagrado mi primer amor.

— ¡Qué bueno sois! Nunca fué digna de vos esa mujer; yo no la he visto, pero la detesto instintivamente y la desprecio.

— No debeis despreciarla, Eulalia; no la amo ya, porque mi corazon se halla tan ocupado con vuestra imágen que en él no queda lugar para ninguna otra; pero os repito que no debeis despreciarla.

— ¿Y porqué he de ser yo mas indulgente que todo el mundo? Ha faltado á sus deberes, ha engañado al hombre que se casó con ella; ¿cómo puede una mujer vender á su marido?

— Es culpable á los ojos del mundo, pero no me es permitido censurarla, me amaba.

— ¿Y quién no os amaria, amigo mio? ¡Sois tan bueno, tan grande, tan noble, tan hermoso!... ¡Oh! no protesteis meneando la cabeza, mi gusto no es peor que otro, y sé muy bien lo que me digo. No os pareceis al doctor Le Bris, ni á Gaston de Vitré, ni á Spiro Dandolo, ni á todos los que son bien recibidos por las mujeres, y sin embargo, al veros por primera vez comprendí yo que el hombre era la criatura mas hermosa de Dios.

— ¿Me amais un poco, Eulalia?

— Hace tiempo, amigo mio.

— ¿Desde cuando?

— Desde que entrásteis en el palacio Sanglié.

— Y sin embargo, lo que allí me llevaba...

— No estaba bien, seguramente. Cuando el doctor propuso el trato á mis padres, yo creí que me casaria con un mal hombre, y así es que me propuse sufriros con paciencia y dejaros sin dolor ninguno. Pero cuando os ví en el salon, me avergoncé por vos y sentí que un cálculo tan bajo hubiese podido nacer en una cabeza tan noble y tan inteligente. Entonces principié á maltrataros, ya comprendeis porqué... Habria muerto de despecho si hubiérais adivinado que os amaba. Esto no habia entrado en nuestros convenios. Durante todo el viaje por Italia puse un cuidado particular en incomodaros. ¿Creeis que me habria conducido con tanta ingratitud si me hubiérais sido indiferente? Y luego á pesar mio temia entrar en una dulce costumbre de amor y de felicidad que la muerte habia de interrumpir muy luego. Esto sin contar con que estaba bien mala y padecia cruelmente.

Eulalia se detuvo un instante y prosiguió diciendo:

— El dia en que llorásteis por la portezuela os ví, y tuve deseos de pediros perdon y de arrojarme en vuestros brazos, pero no sé qué sentimiento de orgullo me detuvo. Soy de una gran casa, amigo mio, y soy la primera de mi sangre que haya sido vendida por dinero. Sin embargo, en Pompeya estuve para descubrirme. ¿Os acordais?... Nada he olvidado yo, ni vuestras buenas palabras, ni mi dureza, ni vuestras finas y afectuosas atenciones, ni lo mal que correspondí á tantas bondades. Os presenté una copa bien amarga que habeis apurado hasta las heces. Es verdad que yo por mi parte no era muy dichosa; no estaba segura de vos, temia engañarme sobre el sentido de vuestros cuidados y tomar por testimonios de amor lo que solo era lástima. Cuando andábais por el jardin en torno de mi asiento, os seguia de reojo y á veces fingia dormir para que llegárais mas cerca. No necesito abrir los ojos para saber que estais á mi lado, os veo á través de mis párpados. En cualquier lugar en donde esteis, adivino vuestra presencia, y os sabria encontrar con los ojos cerrados. Cuando estais junto á mí, se dilata mi corazon y late con tanta fuerza como si quisiera saltárseme del pecho. Cuando hablais, vuestra voz zumba en mis oidos y me produce una embriaguez inefable. Cada vez que mi mano toca la vuestra, me siento conmovida en todo mi cuerpo, y cuando os alejais por un instante, cuando no puedo veros ni oiros, me quedo en una soledad que me da miedo. Ahora decidme si os amo, no podeis engañaros en esto; yo soy una ignorante, pero vos debeis recordar si os amaban en Paris de esta manera.

Esta sencilla confesion penetró como un rocío en el corazon del conde, que olvidó al punto no solo los cuidados presentes, sino los placeres pasados. Una luz nueva alumbró su espíritu; comparó sus antiguos amores agitados y turbios como un arroyo de tempestad con la hermosa limpidez de la felicidad legítima.

(*Se continuará.*)

Exposicion de bellas artes de 1857.

(Véanse los números 236, 237, 238, 239, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 249 y 250.)

ESCULTURA.

La exposicion de escultura de este año comprendia cuatrocientas veintiocho obras, y de ellas vamos á señalar las que mas han llamado la atencion pública. Ante

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Jóven de Sira..., estatua de bronce, por M. Mailliet.

Exposicion de 1857.— Escultura — La lira de los berberiscos, grupo en bronce, por M. Bertholli

Jóven, estatua en mármol, cuadro por M. Loyson.

El arte etrusco, estatua en yeso, por M. Simyan.

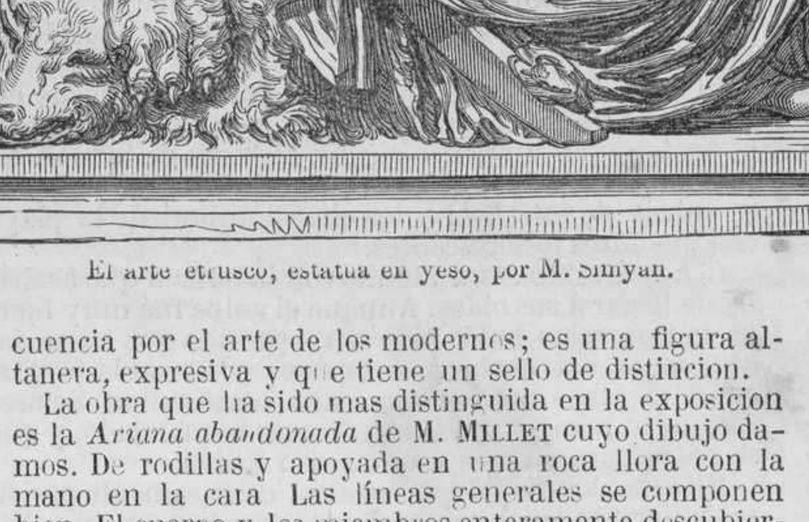
todo dirigiremos la vista hácia una estatua de un escultor que ha perdido la Francia hace poco tiempo, FRANCISCO RUDE; la obra se titula el *Amor dominador*. No puede decirse que esa estatua de mármol pertenece á lo mas bello en el arte, y hay líneas que no se combinan de un modo armonioso; pero ese jóven dios con su frente erguida y victoriosa constituye una figurilla muy elegante. El cuerpo acusa un estudio delicado; no es ese amor vulgar y tradicional repetido con tanta frecuencia por el arte de los modernos; es una figura altanera, expresiva y que tiene un sello de distincion.

La obra que ha sido mas distinguida en la exposicion es la *Ariana abandonada* de M. MILLET cuyo dibujo damos. De rodillas y apoyada en una roca llora con la mano en la cara Las líneas generales se componen bien. El cuerpo y los miembros enteramente descubiertos están tratados con mucha habilidad; el modelado tiene una flexibilidad llena de gracia.

M. LEQUESNE recuerda á Pradier en la figura de un *Soldado comiendo sobre su escudo*, ejecutado en mármol Es un buen estudio del natural, pero carece de carácter.

M. DURET ha expuesto dos estatuas: *la Tragedia* y *la Comedia*, destinadas al peristilo del teatro Francés. La Tragedia no tiene la elevacion de estilo que corresponde al asunto. La Comedia es de un gusto distinguido.

El abate Hauy, estatua en yeso, por M. Brion.



La batalla del Alma, medalla en bronce, por M. Bovy.

Ambrosio Paré, estatua en bronce, por M. Varnier.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Exposicion de 1857. — Escultura. — Un leon, bronce por M. Jacquemart.

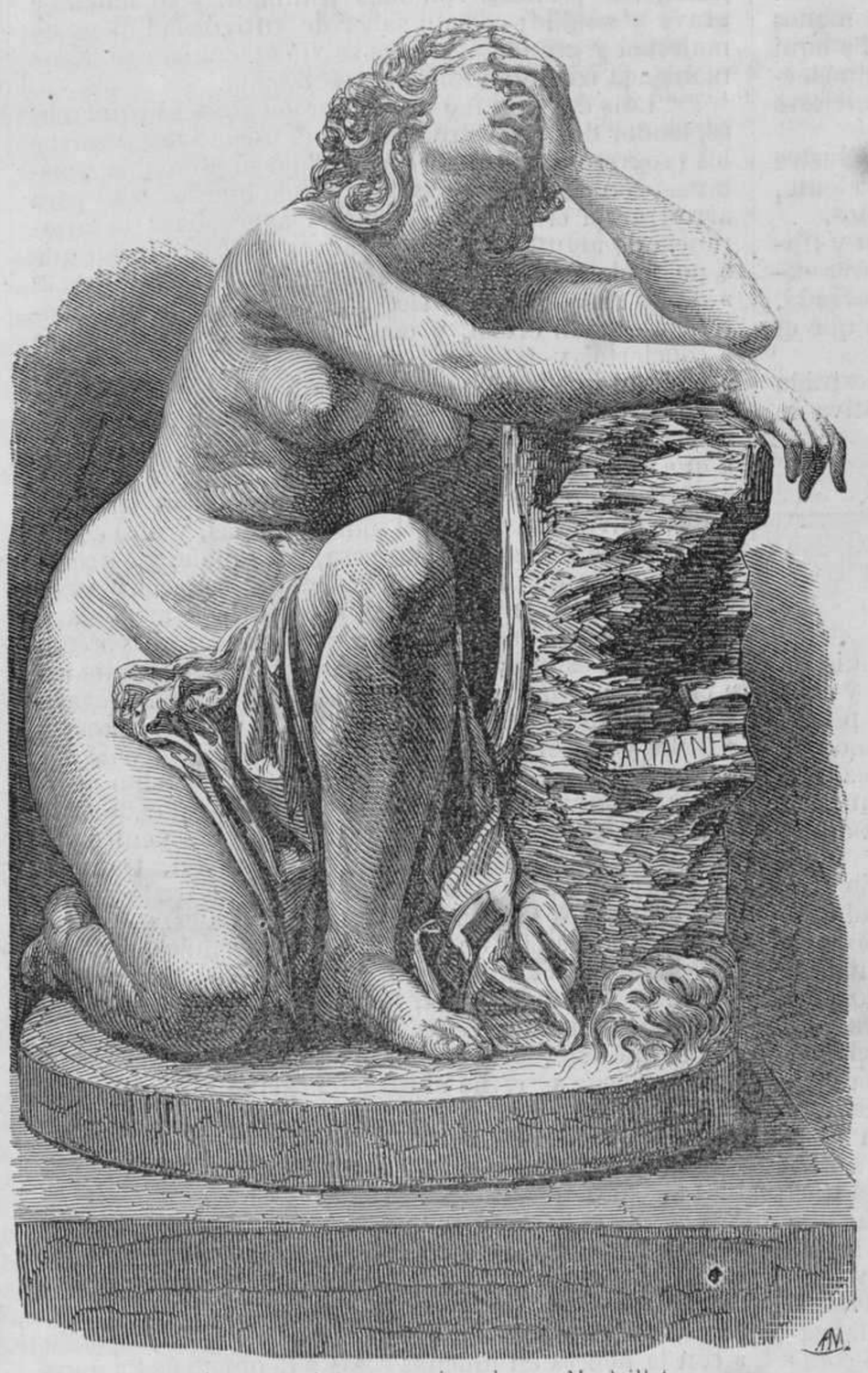
M. GUMERY ha ejecutado en mármol la *Vuelta del hijo pródigo*: el grupo está ejecutado hábilmente, pero la figura del padre tiene cierta pesadez que perjudica al efecto general. — *El Leandro* de M. GUITTON, jóven desnudo que se tapa los ojos con la mano como para evitar el brillo del sol que iendo descubrir un objeto lejano, no es un motivo fácil de comprender. Su estatua en mármol está bien trabajada.

En la *Infancia de Baco*, grupo de yeso por M. PERRAUD, se notan altas cualidades. El fauno que tiene al pequeño dios elevado sobre su cabeza es una excelente obra de plástica. Sin embargo, las líneas del grupo no forman un conjunto satisfactorio. — M. DUBRAY ha ejecutado en mármol la estatua de la *Emperatriz Josefina*, y ha sacado todo el partido que se podia sacar de las modas del tiempo del primer imperio. — M. GRUYERE tiene una buena estatua en mármol de *Chactas en la tumba de Atala*. Por desgracia en el año de 1857 Chactas y Atala son figuras cuya poesía pasó de moda.

Bacante y Sátiro de M. CRAUK, forman un bonito grupo en bronce, aunque es de sentir que la cabeza del sátiro no sea mas expresiva. — M. GUILLAUME, que ha ejecutado algunas obras de escultura en el Louvre, ha expuesto cuatro *bajos-relieves* en yeso compuestos con un estilo que recuerda el de la edad media y *destinados al coro de la iglesia de Santa Clotilde*.

Citaremos ahora los grupos de

La caida de la hojas, estatua en yeso, por M. Schroder.



Ariana, estatua en mármol, por M. Millet.

Ser y parecer, estatua en yeso, por M. Harivel Durocher.

M. MARCELLIN: *Zenobio*, y de M. TRAVAUX: la *Educacion*. — *Una Ninfa cazadora* de M. CHABAUD; un *Baco* de M. CHAMBARD y un *Orfeo* de M. THOMAS que son imitaciones de obras conocidas; — *San Vicente de Paul* por M. CABUCHET; dos grupos en yeso de *Heloisa y Abelardo* por M. CHATROUSSE; — *Aurelia Victorina*, estatua en mármol de un estilo monumental por M. DAUMAS; — la *Penseriosa*, de M. LANZIROTTI; — Un *Jóven Fauno*, de una ejecucion franca por M. LAVIGNE; el *Trabajo* por M. LEBŒUF, y los *Bailarines de Herculano*, grupo muy bien compuesto por M. COURTET.

En los bustos M. CORDIER llama particularmente la atencion por una série de doce *tipos argelinos*. Esta coleccion etnográfica curiosa en sí misma, lo es tambien por el empleo del bronce, del mármol, del alabastro y del ónice mezclados. Por lo demás, algunas de esas figuras están bien estudiadas y modeladas.

Citaremos despues de estos estudios un busto en bronce por M. ROCHET, muy curioso tambien por el tipo singular que presenta: es el de un hombre con los labios abultados excesivamente. No se comprende como se dan á luz estas extravagancias.

Muchos artistas han brillado por su ausencia en la exposicion ó no han mandado á ella sino obras de poca importancia, en atencion á que se hallaban ocupados en sus trabajos para los monumentos públicos.

En la escultura de animales se han visto tambien obras muy notables debidas á MM. BONHEUR, MENE, CAIN, etc.; y entre algunas composiciones que deben ser reproducidas, nos contentaremos con citar un *jarron de plata* de forma elegante compuesto por M. DUFRESNE.

Un pescador con su perro, grupo en yeso, por M. Nast.

ESTATUAS REPRODUCIDAS EN ESTE NÚMERO.

M. MILLET. *Ariana*. Esta bonita estatua en su suave tristeza ofrece un tipo un poco moderno Pero es verdad que seria difícil indicar el verdadero tipo de la belleza femenina griega en el tiempo á que se refiere.

HARIVEL DUROCHER: *Ser y parecer*. — Este es un motivo ingenioso en escultura El aspecto de la composicion es bastante agradable, y se halla bien dispuesto. Hay partes muy bien modeladas, y el yeso promete al mármol buenas ocasiones de estudio; pero seria de desear que esta figura de un perfil vulgar tuviera algo de mas acentuado.

M. LOISON: *Una Jóven*, estatua en mármol, elegante y de un sentimiento gracioso. El entendido artista ha tratado tambien con delicadeza un grupo titulado: la *Jóven convaleciente*. Pero el estilo es demasiado moderno.

M. MAILLET: *Jóven de Siracusa*. Esta pequeña estatua en bronce es de un efecto severo, sencillo y de una línea correcta, pero algo fria.

M. SIMYAN: el *Arte etrusco*. Esta linda figura presenta una agradable disposicion de líneas y una sencillez arcaica empleada sóbriamente y con gusto.

M. SCHRODER: la *Caida de las hojas*. En cuanto al estilo y

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

al sentimiento esta estatua en yeso es hija del arte de nuestra época. A la inversa de la escultura antigua que da tanta importancia al estudio del cuerpo y deja con poca expresion las cabezas, aquí por el contrario la expresion angustiada de la cabeza presta el principal valor á la figura. Todo el cuerpo está envuelto en un ropaje; las líneas son angulosas, pero el conjunto de esta figura mas pintoresco que escultural, produce impresion en todo el mundo.

M. BARTHOLDI: la *Lira de los berberiscos, recuerdo del Nilo*. Hé aquí una égloga africana; el autor cansado de repetir los ecos debilitados de la Grecia, de la Sicilia y de la Italia, ha ido á buscar inspiraciones entre los africanos.

M. NAST: *Un pescador napolitano con su perro*. Este grupo en yeso es una obra feliz de un artista que hasta hoy no habia hecho mas que modelar animales. Su grupo es muy natural, y se halla estudiado con mucha conciencia, pero acaso con una minuciosidad excesiva en los detalles. Es una escultura realista, y el arte, sobre todo la escultura, debe tender al ideal.

M. BRION: el *Abate Hauy*, mineralogista, estatua en yeso, notable por su actitud, quizá algun tanto pretenciosa si se recuerda la bondad característica del sabio. La cabeza tiene una expresion inteligente, las manos del anciano están bien estudiadas, el arte prueba aquí que se puede triunfar de la ingratitud del traje moderno. Esta estatua es á nuestro juicio una de las mejores obras de la exposicion.

M. VARNIER: *Ambrosio Paré*. — La figura del ilustre médico ejecutada en yeso tiene una actitud excelente, y su ejecucion es satisfactoria bajo todos conceptos.

M. JACQUEMART: *Un Leon*. Obra bien estudiada y tratada con franqueza. La cabeza del leon tiene una expresion de fatiga, de enojo y de desden un poco forzada, y que mas bien recuerda la fisonomía humana que el aspecto del rey de las selvas.

Concluimos elogiando el talento que ha demostrado M. BOVY en el grabado de la medalla conmemorativa de la *Batalla del Alma*.

J. D. P.

Fray Luis de Leon.

(Conclusion).

Solo eran pasados nueve dias cuando Fr. Luis de Leon murió en la misma villa, siendo de sesenta y cuatro años de edad. La universidad de Salamanca perdió una de sus mas brillantes glorias; la disciplina monástica, al entusiasta defensor de su primitiva pureza; la Iglesia, un mártir de su fe, y el siglo de oro de nuestra literatura, uno de los genios que inmortalizarán aquel renombre.

El cuerpo del provincial agustino fué trasladado á su convento de esta ciudad (Salamanca), y depositado en un *ángulo* del claustro que llamaban *de los santos*, por los eminentes hombres que allí tenian sus sepulcros. El convento habia sido derruido en estos últimos años; las lápidas de los sepulcros arrancadas, y mole enorme de escombros cubria los restos del eminente lírico español. Todos los que alguna vez han sentido latir su corazon al recuerdo de las glorias nacionales, deploraban que nuestro siglo no pudiera tributar al cantor de la *Vida del campo*, las tiernas ovaciones que inspira el sentimiento de la inmortalidad del genio; la juventud literaria salmantina ha sido incansable en procurar que fuera rescatado tesoro tan precioso, hasta que fué llegado el dia de poder anunciar al mundo científico y literario, que en este nuestro siglo, tachado de positivismo y de cálculo, aun hay quien posea sentimientos delicados, que algunos seres parecen condenados á no comprender, pero con que han sido ricamente dotadas las almas sensibles. La comision de monumentos históricos y artísticos de esta provincia ha merecido bien de la España culta; la conducta de todas las autoridades y corporaciones de Salamanca que secundaron con interés los esfuerzos de aquella, será siempre digna de elogio. La patria adoptiva de Fr. Luis de Leon, la culta Salamanca, ha tributado al autor de la *Profecia del Tajo*, digna apoteosis: en medio de una concurrencia numerosísima y con pompa inusitada, fueron trasladados sus restos desde la catedral á la capilla de San Gerónimo de la Universidad, donde quedaron depositados; y esta municipalidad tiene acordado dar á la Plazuela que ocupaba el ex-convento de San Agustin el nombre de Fr. Luis de Leon, adornándola del mejor modo posible, y levantar en ella, si sus recursos lo permiten, un sencillo monumento á la memoria del lírico español.

Gran número de los escritos de Fr. Luis de Leon permanecen inéditos (1), muchos perecieron en el incendio que en 1744 devoró parte de su convento, y no pocos figurarán bajo otro nombre que el de su autor. Ya en su tiempo, segun decia á don Pedro Portocarrero, se atribuian sus poesías á otra persona religiosa que, creyéndose en esto maltratada por la opinion, hubo de rogarle que las publicase bajo su nombre; quiso hacerlo, pero confesaba que vencia su gusto, y aun escrita la dedicatoria, no vieron entonces la luz pública.

Notorias son la ciencia y erudicion con que trató toda clase de cuestiones; repetidas ediciones se han hecho de sus escritos en latin teológicos y lengüisticos (1), y no pocas existen de las obras morales ó filosóficas que publicó en el idioma patrio. Prescindiendo de su profunda filosofía, sublimes pensamientos y enérgicos raciocinios, todas abundan, los *Nombres de Cristo* y *la Perfecta Casada* especialmente, en trozos verdaderamente oratorios. Dos escritores de aquel siglo adquirieron en la elocuencia renombre inmortal, Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de Leon, que se conoce con la denominacion fraternal de los *dos Luises*. Creen algunos que no es fácil decidir cuál de ellos ganó la palma de la elocuencia sagrada; pero á pesar de nuestro entusiasmo por el lírico español, no dudamos concedérsela á Granada; su elocuencia es mas fácil y abundante, hay mas grandiosidad en sus imágenes, y la armonía y cadencia que con tanto afan procuraba Leon, son naturales en aquel; en cambio, el vate de Belmonte es mas original, sus períodos son mas rotundos, y su lenguaje grave y subido; con un saber de antigüedad lleno de majestad y grandeza, nunca se vió la lengua castellana manejada con tan admirable perfeccion.

Fr. Luis de Leon fué el escritor del siglo XVI que mas esplendor dio á nuestro idioma: él mismo nos describe los progresos que el arte hiciera bajo su pluma, la constancia con que trabajaba, y el arrojo que necesitó para arrostrar la envidia de muchos y avergonzar la ignorancia de algunos contemporáneos suyos. « Dicen que » no hablo romance, se lee en la introduccion al libro 3º » de los *Nombres de Cristo*, porque no hablo desatadamente y sin órden, y porque pongo en las palabras » concierto, y las escojo, y les doy su lugar; porque » piensan que hablar romance es hablar como se habla » en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es » comun, sino negocio de particular juicio, ansí en lo » que se dice, como en la manera como se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las » que convienen, y mira el sonido de ellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa, y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo » que se pretende decir, sino tambien con armonía y » dulzura... Y si acaso dijesen que es novedad, yo confieso que es nuevo y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del descaimiento ordinario. El cual camino » quise yo abrir, no por la presuncion que tengo de mí, » que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para » que los que las tienen se animen á tratar de aquí » adelante su lengua como los sábios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron » las suyas, y para que la igualen en esta parte que le » falta, con las lenguas mejores, á las cuales, segun mi » juicio, vence ella en otras muchas virtudes. » Acaso este buen deseo, que tanto contribuyó á probar la riqueza de nuestra lengua, fué exagerado en Leon; por esto con frecuencia se resienten algunos períodos de demasiado estudio y violencia en la colocacion; pero nunca pierde su estilo el carácter general de apacible dulzura, su diccion es siempre animada, limpia y armoniosa.

Erudito es Leon y gran conocedor de las lenguas sábias en su *Traduccion y comentarios de los Cantares de Salomon*: explica con evangélica piedad el amor divino y describe con rasgos delicadísimos la mas grande de las afecciones humanas; consulta las traducciones griegas y latinas, y encuentra en nuestra lengua figuras y modismos hebráicos; « porque á la verdad, responde » con la hebrea en muchas cosas.» El objeto de Fr. Luis en este escrito no fué explicar, como habian ya hecho otros, la idea mística que envuelve el idilio mas tiérno de todos los idiomas, sino « declarar la corteza de la le» tra así llanamente... el sonido della y aquello en que » está la fuerza de la comparacion y del requiebro. » En la exposicion del libro de Job se ve lo mismo, y es de lamentar que se limitara tanto á lo material de las palabras, porque en otro caso fuera un modelo de propiedad hebráica, como lo es de fidelidad y buen decir.

Hemos estudiado á Fr. Luis de Leon como prosista, y vamos á admirarle como poeta, porque si merecidos elogios se tributan al autor de los *Nombres de Cristo*, mas dignos serán para el que pudo dar á la poesía un carácter no conocido hasta su tiempo, con unas « obre» cillas que entre las ocupaciones de sus estudios, en su » mocedad y casi en su niñez, se le cayeron como de » entre las manos. » Las traducciones de Leon forman la segunda y mas extensa parte de sus poesías, y en ellas se propuso « mostrar, que nuestra lengua recibe » bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura, » ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abun» dante para los que la saben tratar. » Mucho de su gran mérito debió Leon á sus traducciones bíblicas: Job en su libro, el mas sublime de poesía filosófica; el rey profeta en sus salmos, raudal inmenso de poesía, y el discípulo de Natan, que en los proverbios habia cantado *al que tuvo el viento entre las manos, al que recogió las aguas con su manto y levantó los límites de la tierra*, le hicieron gustar aquella grandiosa sencillez, aquel perfume de antigüedad, lleno de majestad y dulzura, que hacia su mayor deleite, y que le distingue de todos los hablistas castellanos. Píndaro y Teócrito, el elegante Virgilio, y mas aun el culto Horacio, fueron objeto de su constante estudio, así que entre no pocos hebraismos, brillan mas sus poesías por las gratas reminiscencias del cantor de Mántua y del inmortal preceptor de los Pisones. « Luis de Leon lleno de Horacio, » á quien constantemente estudiaba, dice el señor Quin» tana, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego » de la oda: » de él aprendió su elegante finura, su delicada gracia, la flexibilidad de su talento y la pureza de su gusto, y destetando el epicurismo del tímido soldado de Filipos, vistió con el traje español á sus personajes, les atribuyó las ideas de su siglo, y pareció colocarlos ante los mismos lugares que le inspiraron. Tambien la bella Italia ofreció entonces á los españoles modelos que imitar; por eso el siglo de Leon X nos recuerda el de Augusto: Fr. Luis de Leon no podia permanecer indiferente ante aquellos renacientes genios, que daban vida y vigor á la mas clásica antigüedad, tan grata para él; y Petrarca y Juan de las Casas, y el cardenal Bembo le ofrecieron bellezas que imitar ó traducir; pero en esta segunda ocasion, como en la primera, nuestra poesía tomó pronto carácter nacional.

El genio de Leon era esencialmente lírico, y su carácter y su profesion le hicieron preferir el género moral al heróico; su inspiracion, como su vida, es esencialmente religiosa; el misterio le exalta, y la soledad es su elemento expansivo. Todas sus odas respiran una santa certidumbre de la vanidad de las cosas humanas, y el hijo de la religion que compadece al malvado y eleva al humilde, se recrea en contemplaciones morales, ó arrobado en dulce éxtasis prorrumpe en tiernas expansiones. Si pinta la naturaleza al frente de los tranquilos goces de la vida pastoril, traza con vivos colores las venenosas borrascas del mundo, y siempre las delicias del campo, el retiro del monge y la tranquilidad del creyente, son su ideal belleza. Poeta de la religion, con un sentimiento exquisito de la armonía, reviste la razon humana con las brillantes galas de su genio, y en todos sus versos se ve retratada aquella tierna alma, nacida para las inspiraciones místicas.

Ningun español poseyó combinacion tan feliz de elegancia y sensibilidad; parece oirse la dulce armonía de los ángeles, cuando la inspiracion celestial orna su frente y da curso al fuego que le anima. La ilusion es á sus ojos completa, si impelido por el calor del entusiasmo, con todo el arrojo que puede consentirse en un poeta lírico, quebranta en apariencia las reglas, porque no es el arte quien le enseña, es el genio que le inspira.

Siguiendo Leon distinta senda que Herrera, es mas original é independiente, y educado con el estudio de los clásicos y de la poesía hebráica, despreció la afectada elegancia, distintivo de los imitadores de la toscana. Su versificacion es casi siempre abundante, graciosa y dulce, no carece de prosaismos; pero el descuido es de pocos momentos, y cuando desprecia la belleza de la forma, resaltan mas la fuerza y valentía de los pensamientos. La celebrada *Profecia del Tajo*, *Noche serena*, *Vida del campo*, su oda *A la Ascension*, y la que dedicó á Felipe Ruiz, abundan en bellezas; cuantas veces las leemos, nos parece hallar mas y mas que admirar en cada estrofa, en cada verso. De sentir es que no siempre su ritmo sea tan robusto como pudiera prometerse de la lengua que Cárlos I creia mas propia para hablar con Dios: así, cuando profetiza *los trabajos inmortales* que devastaron á *toda la espaciosa y triste España*, ó pinta la creacion, conservaria dignamente aquella entonacion bíblica, que como Herrera, supo imitar con éxito brillante.

FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS.

(1) La Inquisicion halló entre sus M. S. curiosas disertaciones sobre cuestiones teológicas como fueron un sermon pronunciado en la fiesta que la Universidad hizo á San Agustin, un discurso en la oposicion á la cátedra de Santo Tomás, y tantos otros sobre los siguientes objetos: venida del Mesías; diferencia de la gracia del Viejo y del Nuevo Testamento; satisfaccion que ha de seguir á la penitencia; promesas de la ley vieja; de gratia et justificatione; cantares de Salomon; si la Vírgen pecó alguna vez venialmente; que Nuestra Señora tenia mas gracia que todos los santos juntos; epístola á los Hebreos; de malo, de fide; de ratione, auctoritate et interpretatione Sacræ Scripturæ. Tambien son citados como escritos suyos en prosa: varias lecturas teológicas, la mayor parte expositivas; oracion fúnebre en honor de Fr. Domingo Soto; elogio de San Agustin; discurso pronunciado en el capítulo provincial de 1557; Comentarium super Apocalypsim; de triplice conjuntione fidelium cum Christo; El perfecto predicador, y un tratado de los hechos y paciencia del Santo Job.

(1) Si se quisieran datos mas minuciosos, históricos ó bibliográficos, acerca de Fr. Luis de Leon, puede consultarse su biografía, publicada con mas extension en el *Album Salmantino*, números del 11 al 14, y en el *Semanario Pintoresco Español*, 1854.

Boletin científico.

TUNEL SUBMARINO: — La ciencia cada dia da un nuevo paso en el camino del progreso; la industria aprovechando sus adelantos, acomete en su competencia proyectos á cual mas atrevidos. En América se trata de establecer un nuevo túnel submarino debido á la atrevida concepcion de M. Holcomb, y que se ensayará para unir los dos extremos de la villa de Chisago atravesando el rio Illinois que tiene nada menos que 1,500 metros de ancho.

Hé aquí la forma de esos nuevos puentes subacuáticos y el modo de construirlos.

El aparato se compondrá de tres partes esenciales, una recta y horizontal que se colocará en el medio del rio, y otras dos unidas á sus extremos en forma de plano inclinado con la pendiente necesaria para entrar y salir por las orillas. Las tres partes son de hierro colado ó fundido, en forma de tubo, con un diámetro de 10 metros, y un espesor conforme sea necesario para resistir todas las presiones que sobre él hayan de obrar. Todo el tubo se construirá con varios anillos perfectamente unidos y claveteados y sostenidos por medio de varios arcos de la misma materia, y formados sobre el suelo con anillos.

Este túnel ofrecerá al de Lóndres la ventaja de que puedan atravesar carruajes que suban y bajen sin dificultad por las pendientes. Los cilindros parciales que han de componer el tubo, serán fundidos en sólido, y deberán irse

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ahuecando como si se tratara de labrar un pozo ó socabon en la roca.

Hé aquí una magnífica intibacion para las minas. Lo que no nos dicen si será fácil preservar completamente este túnel de la oxidacion, ni si las ventajas que ofrezca indemnizará el coste.

No es menos sorprendente la trasformacion que están sufriendo los terrenos de la Argelia y el Sahara con la apertura de una multitud de pozos artesianos. Apenas hay semana en que no se anuncie la conclusion de uno de estos surtidores de abundantes aguas. Verdad es que ordinariamente bastan 50 ó 60 metros de profundidad, y á veces el trabajo de cuatro dias basta para coronar el éxito de la empresa.

— La marina española: — «La España» ha publicado un curioso artículo sobre la marina española. Segun los datos que presenta, esta cuenta con 4 fragatas de 50, 46 y 38 cañones, y una fuerza total de 1,350 caballos; 4 goletas, fuerza de 400 caballos, estando construyéndose en la actualidad 6 goletas y mandados construir un navío y una fragata de hélice. Hay 3 fragatas de ruedas con 48 cañones y una fuerza de 1,500 caballos.

Las corbetas y buques menores de hélice son 26, con 101 cañones y fuerza de 5,010 caballos.

El total de nuestra marina de vapor monta á 37 buques con 334 cañones y fuerza de 8,260 caballos.

Entre los buques de vela hay 2 navíos de 86 cañones, 3 fragatas de 44, 40 y 32, y la fragata «Perla,» escuela de marina, que solo tiene montados 10 ó 12 cañones, 4 corbetas de 32, 24 y 16, y la «Isabel II,» que es escuela de artillería; 8 bergantines de 20, 16, 12 y 10 cañones: 2 goletas de 6 cañones, y 6 trasportes con 12 cañones y 4,500 toneladas. Todo lo cual da un total de buques de vela de 26 con 546 cañones.

El resúmen de ambas marinas españolas da 63 buques con 880 cañones, y una fuerza de 8,260 caballos.

A mas de los faluchillos guardacostas y de las goletillas de la isla de Cuba, hay 2 vapores, el «Velasco» y el «Conde de Regla,» que fueron correos de las Antillas, y cuyos cascos están enteramente inútiles.

— Instruccion publica en Francia. — Los aspirantes al título de maestros de instruccion primaria en los 86 departamentos y la Argelia ha sido en 1857 dos mil sesenta y uno, y los aprobados despues de todos los ejercicios de exámen, han sido setecientos catorce, treinta y siete por ciento de los que solicitaban. En 1852 contaba Paris 269 establecimientos de instruccion primaria á que asistian 48,534, niños y estos recibian la instruccion de 530 personas; la municipalidad de Paris gastaba 1 306,868 francos: el presupuesto de 1858 está calculado para 286 escuelas, con 601 entre maestros y maestras; asistirán próximamente 53,600 niños ó niñas, y el gasto será de 1.732,411 francos; los niños que no recibirán la educacion gratuitamente, serán cerca de 6,000; las sumas empleadas en la mejora de locales y nuevas construcciones ascienden á tres millones de francos.

— Los ferro-carriles de Europa y de América: — De documentos administrativos sobre las grandes redes de ferro-carriles de Europa y de América, recientemente publicados, se deducen las siguientes cifras de las longitudes construidas, en construccion, ó que deben construirse muy pronto.

Alemania (Austria, Prusia, Baviera y otros estados secundarios), 12,000 kilómetros; Bélgica, 1,500; Dinamarca, 300; España y Portugal, 3,000; Francia, 7,000; Gran Bretaña, 20,000; Italia (Toscana, Dos-Sicilias, Estados romanos y Piamonte), 1,500; Rusia, 3,000; Europa, 48,300; Estados de la Union americana, 36,000.

Si se adicionan á estas longitudes las líneas del Perú, Chile, Méjico y demás Estados pequeños del Sur y del centro de América que no mencionamos en detalle, se deduce que la longitud total de caminos de hierro es mas de 100,000 kilómetros, ó próximamente 25,000 leguas españolas.

De los 7,000 kilómetros que sumará la red francesa, hay construidos ó en construccion mas de 5,000.

De los 36,000 kilómetros de que constará la red americana, ya están en explotacion mas de 30,000.

Si estas longitudes se refieren á la extension del territorio y á la cifra de la poblacion, se encuentra que la Gran Bretaña tiene 6 kilómetros, 21 metros, por miriámetro cuadrado y 710 kilómetros por millon de habitantes; que la Francia tiene kilómetro y medio por miriámetro cuadrado, y 200 kilómetros por millon de habitantes.

Es imposible precisar la cifra absoluta de cada red, porque las necesidades de la circulacion, el incremento de los productos, la prosperidad de la industria, indican cada año la necesidad de abrir nuevas vias de comunicacion, y el conjunto de las líneas deberá aumentarse á consecuencia de la anexion de prolongaciones ó ramales concedidos en lo sucesivo; pero las anteriores cifras son inferiores á las verdaderas.

— El pauperismo y los asilos de beneficencia en Francia: — Bajo este epígrafe, M. Luis Reybaud, miembro del Instituto, ha publicado un interesante escrito en el último número de la *Revista de ambos Mundos*. El autor, despues de pasar en revista todos los medios empleados últimamente para aliviar la miseria de los pobres, tales como la rebaja en el precio del pan, el establecimiento de cocinas para los pobres, el impulso dado á los trabajos públicos, etc., establece el hecho notable de que, cuanto mas se desarrolla el sistema de asistencia pública, tanto mas crece el número de los que la reclaman.

Tal ha sido, dice el autor, el constante efecto de la caridad oficial desde los tiempos de la república de Atenas hasta los del Bajo Imperio, y desde los reinados de Enrique II de Francia y de Isabel de Inglaterra hasta la época presente. Despues de explicar la parte que el clero tomó desde el orígen del cristianismo en la organizacion y distribucion de limosnas privadas, y hacer una breve reseña de los progresos de las leyes sobre los pobres en Inglaterra, su subsiguiente revision en 1834 y los efectos que la misma ha producido, hace mencion del decreto imperial de 5 de julio de 1808, previniendo que cada departamento tuviese su asilo de beneficencia, medida que, á pesar de la inmensa autoridad del emperador, fué solamente obedecida en 37 departamentos.

En tiempo de la restauracion las cosas volvieron al estado antiguo, pero entre 1840 y 1848 abriéronse nuevamente un cierto número de asilos, mejorándose tambien en gran manera la ley relativa á la mendicidad. Actualmente, solo diez y seis departamentos de Francia tienen establecimientos de beneficencia, y si bien es verdad que estas instituciones han producido el buen resultado de desterrar la mendicidad del territorio á que pertenecen, por otra parte han dado lugar á una emigracion considerable de mendigantes que han ido á infestar los departamentos vecinos, lo cual ha sido para estos una calamidad. Si se pregunta por qué motivo, pues, el decreto de 1808 no se hizo observar en todos los departamentos, se responderá que muchos de ellos, abrumados ya de deudas, carecian de medios para hacerlo. El autor dice que por esta razon la caridad obligatoria no es aplicable en Francia.

M. Reybaud pasa á hacer la descripcion de un ensayo hecho en el departamento del Nièvre por su prefecto M. de Maquitot. Convencido de la dificultad y de lo peligroso de recurrir á una contribucion forzosa para el establecimiento de una casa de beneficencia, concibió el pensamiento de regularizar el ejercicio de la caridad pública de la manera siguiente: En 1854, abrióse una suscricion entre todos los habitantes ricos y los medianamente acomodados del departamento por una suma fija anual por un período de cinco años. Dejábase á la buena voluntad del suscritor señalar la cantidad que queria pagar, y podia tambien, si tal era su deseo, excusarse de contribuir. Este experimento dió muy buen resultado, pues en pocos meses recogiéronse suscriciones por una cantidad de 242,322 francos anuales pagados por trimestres. Un decreto de 24 de enero de 1855 autorizó el establecimiento del asilo de beneficencia en el departamento, el cual planteado actualmente, existirá hasta la expiracion de los cinco años en que deberá renovarse el ensayo de suscricion. El efecto de esta medida produjo resultados en extremo curiosos. Como se habia previsto, gran número de pordioseros abandonaron el departamento; otros dejaron sus hábitos vagabundos apresurándose á buscar un medio honroso de ganarse la subsistencia. ¡Algunos manifestaron su intencion de vivir de su trabajo, y hasta hubo un sugeto cubierto de harapos que resultó ser propietario de dos casas en el departamento! Otros que contaban con medios para subsistir, pero que querian vivir á costa del prójimo, intentaron hacerse inscribir en la lista de los que debian ser socorridos fuera del establecimiento. A consecuencia de esta medida, los departamentos vecinos del Allier, el Loiret y la Cote d'Or se vieron inundados de vagabundos del Nièvre que ponian el grito en el cielo contra el último.

M. Raybaud evalua la suma total de los recursos de que pueden disponer las oficinas de beneficencia y otras instituciones caritativas de Francia á 12.381,257 francos al año, ó sea por término medio 12 francos 50 cént. por cada persona socorrida. Pero esta suma no queda distribuida de una manera igual; así es que las oficinas de Paris tienen una renta de 2.294,364 francos, mientras que la de St. Ithaire (Saone-et-Loire), cuenta con la de 51 céntimos. En Martinac, en el Ain, el término medio de la asistencia resulta solamente á 1 cént. por cabeza, mientras que en Montbéliardot, en el Doubs, llega á la exorbitante suma de 899 francos. Suponemos, aunque el autor del artículo no es bastante explícito sobre este punto, que en los casos extremos de Saint Ithaire y Martignac, la oficina de beneficencia, aunque legalmente autorizada, ha dejado de existir de hecho por falta de fondos; y que en Montbéliardot habia un número tan escaso de pobres, que despues de distribuir á cada uno un socorro razonable, quedaba un sobrante crecido á disposicion de la oficina.

De las 36,820 municipalidades de Francia, solamente 9,336 tienen oficinas de beneficencia que socorren á 1.329,665 personas. Pero de estas 9,336 municipalidades hay 1,062 cuyas oficinas, como la de St. Ithaire, carecen absolutamente de fondos, y mas de 1,000 cuyos recursos no exceden de 100 francos. Hay por consiguiente mas de 27,000 municipalidades en Francia donde existe la caridad privada sin recibir ningun auxilio de las oficinas. El autor hace aquí las siguientes preguntas: ¿Se encuentran por eso estas municipalidades en peor situacion que las otras? ¿Son mas ricas en propiedad? Hé aquí, dice, una cosa que no se ha indagado nunca; pero puede conjeturarse que si encontrasen ventajoso tener oficinas, las hubieran indudablemente establecido en alguna ú otra parte.

M. Reybaud observa que entre otros inconvenientes las oficinas presentan estos: que el dinero que distribuyen, generalmente va á parar á las tabernas en vez de aliviar á las familias, y que de los 17 millones de francos arriba mencionados, mas de 3 millones quedan absorbidos por los gastos de administracion.

Si una de las principales objeciones que se hacen á la caridad privada es de recaer en sugetos indignos de ella, igual inconveniente presenta indudablemente la caridad oficial. M. Reybaud se declara contra la última porque reconoce, dice, el derecho legal que tienen los pobres á ser socorridos, y porque tiende á aumentar el número de ellos; en una palabra, porque fomenta la holgazanería entre la poblacion. El autor admite solamente dos clases de caridad pública por ser las únicas prudentes y beneficiosas, á saber: las limosnas llevadas á domicilio y las en especie. La primera ofrece los medios de juzgar de la verdadera necesidad del solicitante, y la segunda socorre mas directamente y con mas prontitud la inmediata necesidad del pobre sin incitarle á frecuentar la taberna. En algunos casos, añade, deberian proporcionarse al mendigo herramientas ó materiales para que pudiese ganar su sustento.

Nuevo método para la enseñanza de los sordo-mudos. — La humanidad debe muchísimo á los primeros hombres que han estudiado el arte de volver á la sociedad á los seres desgraciados á los cuales la naturaleza ha privado desde su nacimiento del sentido del oido. Cuando consideramos que en Francia, por ejemplo, hay 33,000 sordo-mudos, y que todos los establecimientos de instruccion creados para ellos solo pueden dar enseñanza á 2,000, mientras que el resto, no pudiendo frecuentar las escuelas ordinarias, se encuentran destituidos enteramente de todos los medios de comunicacion con sus semejantes; que por otra parte, el lenguaje de los signos es comparativamente muy poco conocido y que no está destinado probablemente á verse nunca muy generalizado, puesto que requiere un largo y laborioso estudio, no podemos menos de recibir llenos de satisfaccion la obra que acaba de publicar M. Valade Gabel, titulada: «Método al alcance de los maestros de las escuelas primarias para la enseñanza de la lengua francesa á los sordo-mudos sin el auxilio del lenguaje de los signos.» En esta obra el autor ha utilizado los frutos de veinte años de experiencia como director del Asilo de sordo-mudos de Burdeos.

Tratando este asunto bajo el punto de vista filosófico y práctico, el autor manifiesta que las ideas del niño sordo-mudo, desenvolviéndose por los mismos procedimientos que en el niño favorecido con el don de la palabra, mucho antes de que conozca el alfabeto ha adquirido un vasto número de ideas concretas que el estudio le enseña despues á clasificar para darles correcta aplicacion.

Aquí M. Valade, siguiendo los procedimientos indicados por la naturaleza, enseña á un mismo tiempo al sordo-mudo, no á escribir ó á leer, sino á conocer una palabra escrita por medio de la cosa que representa. Así el autor escribe la palabra «libro» y al mismo tiempo enseña la cosa al discípulo, haciendo lo mismo con las demás, hasta que ha hecho aprender al sordo-mudo todas las partes de la conversacion por el solo medio de la escritura.

Este sistema es el que se ha venido empleando en el asilo de sordo-mudos de Burdeos desde el año 1838, y despues de 19 años de experiencia sobre su eficacia su autor lo ha juzgado digno de publicacion. Para ponerlo en práctica no se necesita ninguna institucion especial, pues un padre ó madre puede enseñar á su hija ó hijo sordo-mudo y ponerle en estado, por medio de un completo conocimiento en la lectura y escritura, de obtener la instruccion que se recibe en las escuelas públicas ordinarias.

— Telégrafos: — El telégrafo eléctrico rodeará algun dia no solamente nuestro globo, sino que de la línea principal partirán infinitas accesorias. En Australia, por ejemplo, dice el «Pratical Mechanichs Journal,» propágase la comunicion eléctrica con asombrosa rapidez. Una línea inaugurada en diciembre de 1854, de 73 millas de longitud, une entre sí á las poblaciones siguientes: Melbourne, Sandridge, Willamstown, Grelong y Quenscliffe (Port Phelip Heads). Terminadas completamente son las líneas siguientes: Geelong y Ballerat, su extension 58 millas poco mas ó menos; Melbourne, Kyneton, Castelmaine y Sandhurst (Bendigo), próximamente 125 millas de desarrollo. Además se están planteando las líneas siguientes: una de 250 millas, denominada de Sandhurst, para unir Benalla, las colinas de May Beechworth y Albury con Sandhurst: una línea que comprende los puntos siguientes: Bellarat, Raglan (Tiery-Creek), Warnamboub, Belfats, Portland y un punto cerca de la frontera occidental de la Colonia, unas 230 millas de Bellarat. Estas líneas deben quedar terminadas en 1857. Las líneas que se hallan ya en explotacion tienen un alambre solo y se emplea en ellas el aparato de Morse. Además hay todavía una porcion de líneas en proyecto, que comprenderán algunas submarinas. Pero aun mas sorprendente es la rapidez con que se ha verificado el desarrollo de la red telegráfica de los Estados Unidos del Norte-América. A fines de 1852 la longitud total de las líneas ascendia á 24,385 millas; para marzo de 1854 habíase la extension aumentado en 1,000 millas por mes... siendo así que al presente sube en un todo á 41,392 millas.

OCTUBRE.

Hoy, que casi están terminadas las vendimias en Francia, se puede apreciar con exactitud la cosecha de 1857. En general la calidad es excelente, pero la cantidad deja que desear. Hé aquí una reseña del rendimiento de los viñedos franceses:

Paris y sus cercanías, la Champaña, la Lorena, Alsadia, el Sancerrois, el Nantesado, el Orleans, año medio como cantidad, superior como calidad.

La Sologne, Blois, Turena, el Cher, buen año medio.

La Baja Borgoña bien favorecida; el Macones, el Beaujoles, la Côte-d'Or, año medio.

El Bordeles, la Gironda propiamente dicha, el Dordoña, el Gers, del tercio al cuarto en su conjunto, á causa de la enfermedad de la viña mal combatida.

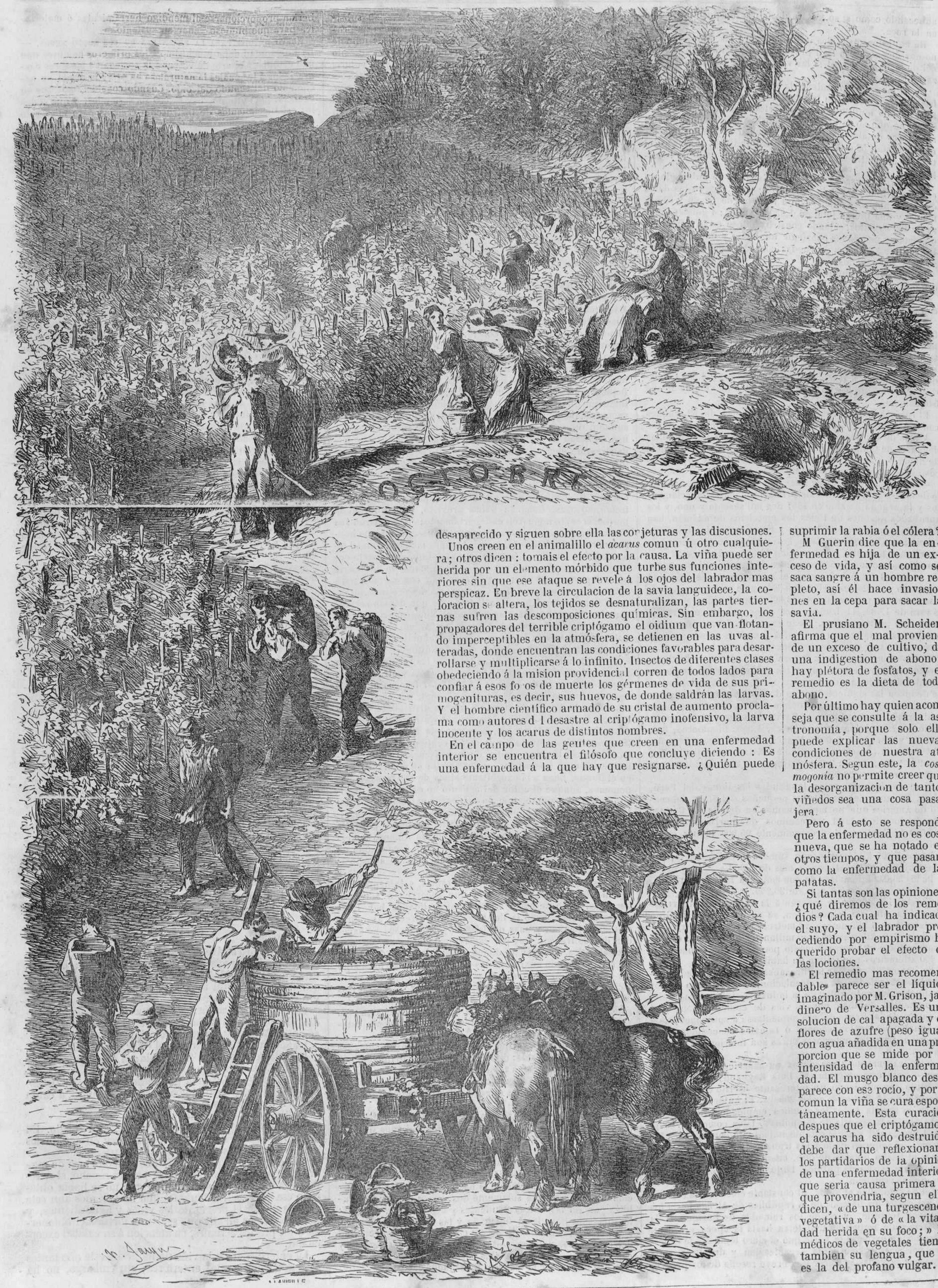
El Rossellon, del quinto al sexto.

El Languedoc, Narbona, Provenza, año medio. En cuanto al Languedoc seria preciso tener en cuenta los desastres causados por los últimos temporales.

Así, pues, no se puede contar con mucho mas de media cosecha por término medio; pero es mucho, si se reflexiona que hacia largo tiempo que no se habia obtenido esa cantidad. Solamente que no veremos aun este año disminuir el precio de los vinos y aguardientes, y hasta podemos añadir que será una fortuna el obtenerlos á los precios actuales, en atencion á su calidad excepcional.

La enfermedad de la viña no ha hecho este año tantos estragos como en los anteriores; sin embargo, no ha

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



desaparecido y siguen sobre ella las conjeturas y las discusiones.

Unos creen en el animalillo el *acarus* comun ú otro cualquiera; otros dicen: tomais el efecto por la causa. La viña puede ser herida por un elemento mórbido que turbe sus funciones interiores sin que ese ataque se revele á los ojos del labrador mas perspicaz. En breve la circulacion de la savia languidece, la coloracion se altera, los tejidos se desnaturalizan, las partes tiernas sufren las descomposiciones químicas. Sin embargo, los propagadores del terrible criptógamo el oidium que van flotando imperceptibles en la atmósfera, se detienen en las uvas alteradas, donde encuentran las condiciones favorables para desarrollarse y multiplicarse á lo infinito. Insectos de diferentes clases obedeciendo á la mision providencial corren de todos lados para confiar á esos focos de muerte los gérmenes de vida de sus primogenituras, es decir, sus huevos, de donde saldrán las larvas. Y el hombre científico armado de su cristal de aumento proclama como autores del desastre al criptógamo inofensivo, la larva inocente y los acarus de distintos nombres.

En el campo de las gentes que creen en una enfermedad interior se encuentra el filósofo que concluye diciendo: Es una enfermedad á la que hay que resignarse. ¿Quién puede suprimir la rabia ó el cólera?

M Guerin dice que la enfermedad es hija de un exceso de vida, y así como se saca sangre á un hombre repleto, así él hace invasiones en la cepa para sacar la savia.

El prusiano M. Scheiden afirma que el mal proviene de un exceso de cultivo, de una indigestion de abono; hay plétora de fosfatos, y el remedio es la dieta de todo abono.

Por último hay quien aconseja que se consulte á la astronomía, porque solo ella puede explicar las nuevas condiciones de nuestra atmósfera. Segun este, la *cosmogonía* no permite creer que la desorganizacion de tantos viñedos sea una cosa pasajera.

Pero á esto se responde que la enfermedad no es cosa nueva, que se ha notado en otros tiempos, y que pasará como la enfermedad de las patatas.

Si tantas son las opiniones, ¿qué diremos de los remedios? Cada cual ha indicado el suyo, y el labrador procediendo por empirismo ha querido probar el efecto de las lociones.

El remedio mas recomendable parece ser el líquido imaginado por M. Grison, jardinero de Versalles. Es una solucion de cal apagada y de flores de azufre (peso igual) con agua añadida en una proporcion que se mide por la intensidad de la enfermedad. El musgo blanco desaparece con ese rocío, y por lo comun la viña se cura espontáneamente. Esta curacion despues que el criptógamo ó el acarus ha sido destruido, debe dar que reflexionar á los partidarios de la opinion de una enfermedad interior, que seria causa primera y que provendria, segun ellos dicen, «de una turgescencia vegetativa» ó de «la vitalidad herida en su foco;» los médicos de vegetales tienen tambien su lengua, que no es la del profano vulgar.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte